LAS VICTIMAS DEL AMOR, ANA Y SINDHÁM.



COMEDIA EN TRES ACTOS:

POR DON GASPAR DE ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES.

El Milord Darambi, Padre de
Ana, joven Inglesa, casada secretamente con
Sindhám, Criado del Milord y Padre de
Pamela, niña de diez años.
El Baron de Fronsvill, pretendiente de la virtud de Ana.
Cecilia, Prima de Ana, y su oculta enemiga.
Mauricio, Secretario del Milord, y confidente de Sindhám.
Ricardo, Mayoral de una Quinta.
Un Criado del Milord.
Un Criado de la Quinta.
Criados del Milord, y Zagales que no hablan.

La Scena en Londres y sus cercanias.

ACTO PRIMERO.

Abrirá la Scena al amanecer Ana, registrando con los primeros versos una estancia con puerta á la derecha.

Ana. AUN descansan todos: ¡Ah,
qué sobresaltos, qué miedos
trae consigo un delito!
¿Si habrá venido? Ya dieron
mirando un relox.
las seis; ninguna mañana
tardó tanto el dulce dueño
del alma en venir á verme,
¡oh caro Sindhám! el Cielo
que quiso que yo premiara
con el afecto mas tierno
tu virtud, no me permite
disfrutarla con sosiego.
¿Si se habrá ya levantado
volviendo á mirar hácia dentro con sobresalto.
mi padre? ¿Si me sintieron
los criados, y curiosos
me habrán seguido? No. Pero
llaman á la puerta.
ya hizo la seña. Temblando
voy á abrir.

Abre la puerta, y sale Sindhám en cuerpo.

Sind. Dulce embeleso
de mi corazon, mi Ana,
mi único bien, mi consuelo
y alegria, ¡quántas penas
me cuesta el ver tu alhagüeño
y hermoso rostro!
Ana. Sí, amado
Sindhám, ¡y quánto lo siento!
pero es forzoso: yo amé
tus altos merecimientos
desde que te ví. Miraba
con disgusto (lo confieso)
que el joven Sindhám sirviera
al Milord mi padre; pero
conociendo yo tu amor,
y no cabiendo en el pecho
ya el mio, á pesar de todo
premié tus castos deseos
con mi mano: sí, ligamos
con el lazo mas estrecho

nuestras almas, sin que hasta hoy
otro sepa este secreto
que el buen Mauricio. ¡Ah! ¿tú dudas
que si llegara á entenderlo
mi padre con nuestras vidas
acabara? No: su genio
es duro, amado Sindhám,
y tu humilde nacimiento::-

Sind. Le irritaria, es verdad:
él desearia un yerno
noble y rico, aunque tuviera
los mas enormes defectos:
yo soy pobre, y soy humilde:
tu corazon, bien diverso
del de tu padre, no quiso
sacrificarse indiscreto
al poder y la riqueza;
miraste con menosprecio
esos dos dones que tienen
hechizado el universo,
y elegiste un hombre pobre;
pero, Ana, un pobre que lejos
de amarte por la ambicion
de las riquezas que el Cielo
concedió á tu padre, siente
no ser señor de un Imperio,
y tú una humilde pastora,
para irte á sacar él mesmo
de tu cabaña, y sentarte
con él en su trono excelso.
Repartió el Cielo á su gusto
los bienes, hizo en efecto
á Sindhám pobre y humilde;
pero tambien le hizo dueño
de un tesoro que un Monarca
pudiera envidiar por cierto.

Ana. ¿Quál es, Sindhám?

Sind. Tu virtud,
que vale por quanto el Cielo
repartió en todos los hombres.
Diez años há que poseo
este bien lleno de sustos;
¡pero de qué gloria lleno!
Mi Pamela, aquella amada
Pamela, que por renuevo
de tu amor distes á luz
en el dulce año primero
de nuestra union, ¡qué retrato
de tus gracias es! ¡Ah!::- Pero

Ana vuelve la espalda para enjugar el llanto, y él lo nota.

¿tú lloras? ¿suspiras?

Ana. Sí.
Sí, amado Sindhám: me acuerdo
de la triste situacion
en que nació; de mi seno
salió apenas, quando fue
conducida con secreto
por Mauricio á una cabaña,
donde sujeta la vieron
mis ojos poco despues
á que muriera. Aquel tierno
pedazo de mis entrañas
no vió mas que contratiempos
y desgracias hasta ahora;
y lo que mas lloro y siento
es, que no tengo esperanza
de que mejoren los Cielos
nuestra suerte, porque sea
mejor la suya: estoy viendo
la hora en que sabe mi padre
nuestra union, y su despecho
y furor da con mi muerte
castigo á mi atrevimiento.
Yo no puedo ni aun mirarte
sin sustos, siempre me veo
rodeada de los mios:
estos instantes que al sueño
le usurpo por verte, ¡ah,
con quánto desasosiego
los gozo! No, Sindhám mio;
yo en mas estimo y aprecio
el gozar tu puro amor
sin temores ni recelos,
que la ostentacion y fausto
en que me ves. Sí, prefiero
á la misma compañia
de mi padre (lo confieso
sin rubor) la tuya; huyamos
á algun país estrangero,
Sindhám: ningun infortunio
podrá afligirme si tengo
conmigo las bellas gracias
de Pamela, y el consuelo
de tu virtud. Lluevan males,
esposo, lluevan tormentos

y sinsabores, que todos
los recibirá mi pecho
con gusto, como yo viva
con mi idolatrado dueño.
Sind. Ay, Bella, que esas finezas
me son en cada momento
mas amables: ¡pero cómo
(si sabes lo que te quiero)
presumes que pueda yo
consentir jamas que lejos
de tu amado padre vivas,
expuesta á los contratiempos
y rigores del destino!
¡con qué paz! ¡con qué contento
te veria yo sujeta
á un exercicio grosero
por mi causa! ¡de qué angustia
no se llenara mi pecho
el dia que no pudiera,
con mi trabajo molesto,
llevarte á tí y á mi amada
Pamela aquel alimento
necesario! ¡ah! No, bella Ana,
el considerar yo mesmo
que por amarme perdias
patria, padre, lisonjeros
intereses, conveniencias
y placeres, por los riesgos
y males en que te veia
sumergida, por momentos
iria despedazando
mi corazon. El extremo
con que te amo no permite
que abrace, esposa, este medio;
menos cruel es el que yo
tomar este dia pienso,
y es::-
Ana. Ay infeliz, que un hombre::-
Ana sobresaltada, y Sindhám queriéndose ocultar.
Sind. Me ocultaré::- mas ¿qué veo?
Sale Mauricio, y Sindhám se detiene.
Mauricio, ¿qué ha sucedido?
Ana. ¿Qué traes? dínoslo presto.
Maur. Sosegaos, que mi venida
os dará mucho contento.
Ya supisteis que ayer tarde
Milord Darambi á paseo
salió conmigo, á pesar
de lo duro de su genio;
sabed, pues, que casualmente
al margen de un arroyuelo
hallamos con otras niñas
á Pamela, y su gracejo
enamoró de manera
á vuestro padre, que hoy mismo
quiere que venga á Palacio,
y que viva al lado vuestro
regalada y obsequiada,
si es que su padre supuesto
lo quiere; yo mismo voy
á traérmela al momento
conmigo, vos cuidareis *á Ana.*
de reprimir los extremos
de vuestro amor, hasta tanto
que compadecido el Cielo
de vuestras ansias descubra
con ventura este secreto. *partiendo.*
Sind. Oye.
Ana. Escucha.
Maur. Perdonad,
que detenerme no puedo. *vase.*
Sind. Ya empieza el Cielo á mostrarse
piadoso á nuestros deseos.
Ana. ¡Ay Sindhám, que de estas dichas
nuevas desventuras temo!
Sind. ¿Por qué?
Ana. Porque es imposible
que mi maternal afecto
no saque pronto á mis ojos
lo que está oculto en el pecho.
Sind. No olvides lo que á los tres
nos importa este secreto,
que tú podrás reprimirle.
Ya gozarás á lo menos
de Pamela, y á tu lado
la tendrás sin el recelo
de que tus extremos pueda
extrañar tu padre, puesto
que él mismo la traxo. Templa
tus amargos desconsuelos,
Ana bella, y nuevas dichas
por instantes esperemos.
A Dios, á Dios, que ya es hora
de que tu padre despierto,
y aun vestido, esté.

Ana. Detente,
y ocúltate, esposo, presto,
pues viene gente.
Sind. ¿Qué importa
que aquí me vean, sabiendo
que soy criado de casa?
Ana. Nada importa, pero creo
que es mejor que no te vean,
y mas quando la que advierto
es Cecilia.
Sind. Ya á tu gusto,
dulce esposa, me sujeto. *ocúltase.*
Ana. ¡Qué virtud! Cecilia es,
y la sigue un Caballero:
¿qué querrán?
Sale Cecilia, y con ella el Baron de Fronsvill.
Cecil. Prima, á estas horas
creia hallarte durmiendo.
Ana. Dios os guarde. ¿Por qué, prima?
Cecil. Porque es temprano en efecto
para gente que no tiene
cuidados.
Ana. Ah, segun eso
debes tú de tener muchos,
prima mia, si atendemos
á lo mucho que madrugas.
Cecil. Hoy madrugué con intento
bien diverso del que piensas:
sentémonos.
Toman sillas, se sientan, y sale al paño Sindhám.
Sind. Muy de espacio
han venido por lo menos.
Cecil. Ana, voy sin ceremonias
á explicarte á lo que vengo.
Nuestro Baron de Fronsvill,
que es amigo muy estrecho
de tu padre, te ama. Oyes,
dícelo él, yo no lo creo,
con que así puedes tú misma
exâminar si es que es cierto.
Me pidió con mucha instancia
que hiciera yo en este enredo
el papel de introductora,
ó medianera de empeño,
porque sin duda habrá visto
que yo en mi semblante tengo
traza de desempeñar
tal encargo; y pues ya he hecho
quanto pude, que es traerle
donde la presa está viendo,
él coja lo que pudiere,
y le haga muy buen provecho.
levántase.
Ana. Espera.
Cecil. No, no, que el niño
tendrá vergüenza en efecto
de tratar, prima, este ajuste,
si hay gente que lo esté oyendo.
Ana. El señor Baron discurro
que no podrá en ningun tiempo
decir mas en la materia
que lo que tú este momento
dixiste, y así es ocioso
que te vayas. Yo no puedo,
señor Baron, (en el caso
de que sea verdadero
y honesto vuestro cariño)
responderos mas, que tengo
un padre, de cuyo gusto
voluntariamente pendo:
con él tratad; y en el caso
de que os acepte por yerno
venidme á ver, y os diré
si por esposo os acepto. *levántase.*
Bar. Madama, esas voces son
muy propias del juicio vuestro,
y lejos de desayrarme
van aumentando en mi pecho
el aprecio que de vos
hice siempre. No pretendo
mas que creais que es honesta
esta pasion que os profeso,
y que, si el amor dispone
que ligue un dulce himeneo
nuestras almas, no habrá dicha
que codicie mi deseo.
Cecil. ¿Ola? ¿en qué Universidad
cursasteis? que esos conceptos
son muy finos, y hasta ahora *al Bar.*
en estos paises nuevos.
Bar. La naturaleza tiene
para expresar sus afectos
una eloqüencia, que solo
la usa el corazon sincéro.

El mio habló aquí por mí,
Madama: verdades fueròn
las que mi labio produxo
que él dictó desde su asiento.
Ana. Yo, señor, os las estimo,
pero premiarlas no puedo
sin que el gusto de mi padre
llegue á conocer primero.
Id, descubridle ese amor
quando gusteis, que en efecto,
como que de estas materias
mis oidos no supieron
jamas, me disuenan mucho,
y escuchároslas no puedo.
Cecil. ¡Miren qué virtud tan falsa,
tan necia y fuera de tiempo!
me disuenan::- y si el lance
se proporcionara, creo::-
pero, Baron, vámonos,
porque si no me despeño.
Ana. Prima, tú has perdido el juicio.
Cecil. Yo no le he perdido, pero
me harán tus hipocresias
perderle si me detengo.
Agarra de un brazo al Baron, y parte con él.
Ana. ¡Qué fatua es!
Sale Sind. ¡Oh con qué juicio
salió mi bien de este empeño! *ap.*
Ana. ¿Oiste la pretension,
esposo?
Sind. Si.
Ana. Ya los riesgos
van en aumento. El Baron
es amigo verdadero
de mi padre; es poderoso,
y de ilustre nacimiento;
á pedirle va mi mano,
Sindhám mio, y creer debemos
que mi padre se la otorgue,
y me obligue en el momento
á cumplirlo.
Sind. ¡Ay, Ana bella,
que ya lo oí, ya lo veo,
y todos los accidentes
van agravando en efecto
nuestro peligro! Mas nada
bastará á rendir mi pecho.
Consúelate, que si acaso
le otorga, como recelo,
tu padre la mano, entonces,
dulce esposa, apelarémos
al último efugio.
Ana. Tuya
es mi vida, amado dueño.
Sind. Y tuyo mi corazon.
Ana. Solo ese bien apetezco.
Sind. Y yo sola esa ventura.
Ana. Pues ya la estás poseyendo::-
Sind. Pues que ya le estás gozando::-
Ana. Vengan males.
Sind. Vengan riesgos.
Los dos. Que todos me serán dulces,
si tu corazon poseo.
Sind. A Dios, Ana.
Ana. A Dios, Sindhám.
Sind. ¡Qué hermosa es!
Ana. ¡Qué discreto!
Ana parte por la izquierda y Sindhám por la derecha: aposento largo, y sale por la izquierda el Milord con sombrero y espada, y un criado por la derecha.
Criad. Vuestra sobrina, seguida
del Baron de Fronsvill::-
Milord. Presto.
Criad. Quieren hablaros.
Milord. Que lleguen. *vase el criado.*
Un joven es muy atento
y galan Fronsvill. Le estimo
por amigo verdadero.
Salen Cecilia y el Baron seguido del criado.
Bar. Besoos la mano, Milord.
Milord. Baron, tomemos asiento,
El criado les da sillas, se sientan los tres, y él se va.
y decid lo que quereis.
Cecil. Hablad, Baron, sin recelo,
que si lo habeis menester
yo esforzaré el argumento.
Bar. Milord, mi sinceridad,
enemiga de rodeos
y preámbulos, sabeis.
Amo á vuestra hija: el Cielo
colmaria de venturas

mi

mi corazon, si por premio
de este amor le uniese á mí.
En vos consiste.

Milord. Ya está hecho:
os la daré.

Bar. ¿Mas sabeis
si ella querrá?

Milord. Yo contemplo
que mejor querrá casarse
que dar su vida á este acero:
vuestra es Ana.

Bar. No quisiera
que por fuerza::-

Milord. Yo no tengo
dominio sobre su gusto;
cómo padre le poseo
sobre su persona, y si es
que venisteis pretendiendo
su amor, yo no puedo darle,
casaros con ella puedo.

Cecil. Baron, despues que se vea
casada con vos, es cierto
que os amará, contemplando
que no tiene otro remedio.

Bar. Haced, pues, lo que quisiereis,
que á vuestro gusto lo dexo.

Milord. Ella viene: tú, Cecilia,
retírate.

Cecil. Ya obedezco.
Cásese, y salga de casa *ap.*
mi prima, que este es el medio
de que mi tio procure
mas aprisa mis aumentos. *vase.*

Sale Ana. Padre, si acaso incomodo
me volveré.

Milord. No por cierto;
antes llegas á ocasion
en que descubrirte debo
tu ventura.

Ana. O mi desgracia. *ap.*

Milord. Ya con el Baron te tengo
casada.

Ana. Señor::-

Milord. ¿Qué dices?

Ana. Que está mi gusto sujeto
á vos, pero::-

Milord. ¿Qué?

Ana. Casarme
sin que conozca primero
al que mi dueño ha de ser::-

Milord. Que le conozca yo mesmo
basta: sé que te conviene.

Ana. ¡Qué angustia! *ap.*

Milord. Y bien::-

Ana. Me estremezco. *ap.*

Milord. Te atreverás á oponerte,
hija infiel, á mis preceptos
sin temer que mi furor
olvide el amor paterno
que te tengo, y::-

Bar. Milord::-

Ana. Padre::-

El Milord en ademan de sacar la espada, el Baron deteniéndole, y Ana hincando una rodilla: Sindhám va á salir, y se detiene con el siguiente verso; y Cecilia sale presurosa por otro bastidor de la derecha.

Sind. ¿Qué miro? Matadme, Cielos.

Cecil. Tio, tio, ¿se resiste
la niña á vuestros preceptos?
¿Qué la disgusta la boda?
¿ó tiene rubor? Por cierto
que hareis bien en enfadaros,
y obligarla con empeño
á casarse, pues os hacen
falta tres ó quatro nietos,
¿No es así, Baron?

Bar. Madama,
el divino entendimiento
de vuestra prima no olvida
la obediencia y el respeto
debido á un padre, y sabrá
cumplir con ambos á un tiempo.
El Milord haria mal
en violentar indiscreto
un alvedrio, del que
ni le hizo, ni le hará dueño
la naturaleza; vos
(que me perdoneis os ruego
la claridad) le habeis dado
un consejo muy ageno
de quien goza algun principio
de Religion, y de::-

Cecil. Quedo,
quedo, Baron. Me parece

que

que os vais aprisa volviendo
un si es ó no es insolente,
y vereis si yo me emperro::-

Milord. Basta, Cecilia.

Cecil. No basta,
que me ha perdido el respeto
y::-

Bar. No es capaz mi crianza
de cometer ese exceso,
Madama. No fui atrevido
jamas, pero soy ingenuo.

Cecil. Es que::-

Milord. Basta, dixe ya.

Ana. ¡Qué angustia!

Sale Sind. ¡Qué desconsuelo!

Milord. ¿Qué traes? *á Sindhám.*

Sind. Que ahora á Palacio
llegó Mauricio, trayendo
la serrana que mandasteis.

Milord. Que entre.

Sind. Ya voy: yo fallezco. *vase.*

Ana. ¡Ah, Sindhám, como tus ojos
tu amargura me dixeron! *ap.*

Mil. Tú mira bien qué resuelves *á Ana.*
en este dia, advirtiendo
que es mi gusto que te cases,
y que te conviene hacerlo.

Ana. Disimulemos, pesares: *ap.*
Señor, nunca fue mi intento
oponerme á vuestro gusto,
mayormente quando veo
que vuestra bondad le está
hácia mi bien dirigiendo.
Yo tan solo pretendia
que el trato y conocimiento
del esposo que me dabais
fomentara en mí aquel tierno
cariño que deberia
tributarle como á dueño
mañana. Si en esto erré,
que me perdoneis os ruego.

Bar. ¡Qué virtud!

Cecil. ¿La veis tan mansa,
Baron? pues yo no la creo.

Bar. Yo sí.

Cecil. ¿De veras? Pues digo
que sois un gran majadero,
y renuncio desde aquí
vuestra boda ó vuestro infierno. *vas.*

Salen por la derecha Mauricio, Sindhám, y Pamela de serrana.

Maur. Aquí, gran Señor, teneis
á Pamela.

Pamel. Con deseo
de serviros, que aunque niña
tambien soy de algun provecho.

Milord. ¿Pues qué sabes hacer tú?

Pamel. Barrer, fregar, texer lienzo,
y coser, aunque no bien.

Ana. ¡Ay hija amada! No puedo *ap.*
reprimir mi amor.

Maur. Las almas
de Ana y Sindhám, ¡qué tormento
están sufriendo!

Milord. Mas dime,
¿querrás quedarte en efecto
conmigo?

Pamel. ¿Y si su merced
se enfada de mí, y al pueblo
me vuelve?

Milord. Procura tú
no disgustarme, y con eso
no tendrás que recelar.
Ana te querrá en extremo,
pues es mi gusto.

Ana. Señor,
será desde hoy mi embeleso
Pamela, pues sé que vos
tendreis mucho gusto de ello.

Pamel. Y la señora verá
como yo se lo agradezco.

Sind. ¡Ay hija, que ya á los ojos *ap.*
va mi ternura saliendo!

Mil. Tú cuidarás de quanto haga *á Mauricio.*
falta á Pamela, advirtiendo
que el trage con que ahora está
es con el que verla quiero.

Pam. Haceis bien, porque á los pobres
no nos sientan bien aquellos
que estilan acá los ricos.

Sind. ¡Qué gracia!

Ana. ¡Qué entendimiento!

Milord. Baron, yo voy á Palacio,
esperadme, que deseo
que hoy comais acá conmigo.

Bar. Solo aspiro á complaceros.

Mi-

Milord. Pamela, á Dios. *vase.*
Pamel. Con salud
á casa volvais bien presto.
Ana. Ya hice á mi esposo una seña
de que vaya á mi aposento:
Cielos, de una vez matadme,
ó de mi afliccion doleos. *vase.*
Maur. Ven, Pamela. *vase con ella.*
Sind. Con mis ojos *viéndola partir.*
te irá mi pasion siguiendo.
Bar. Sindhám.
Sind. ¡Qué graciosa es!
Bar. Sindhám.
Sind. ¡Con quánto despejo
y agudeza respondia
al Milord!
Bar. Sindhám, ¿qué es eso?
¿qué os suspende?
Sind. Señor, nada.
Bar. Id, y hacedme merced presto
de decir á Madama Ana
que hablarla á solas deseo.
Sind. Esto solo á mi impaciencia
faltaba, voy al momento.
Amor, mucho es el peligro *ap.*
si se difiere el remedio. *vase.*
Bar. Muy necio fuera en sufrir
que el Milord case indiscreto
violentamente á su hija
conmigo. Mucho la quiero,
es verdad; pero si ella
admite aqueste himeneo
con repugnancia, es error
que yo insista. No pretendo
sacrificar á mi gusto
su corazon; verla quiero,
y hablarla con claridad,
porque tolerar no puedo
que mi voluntad domine
un dia á mi entendimiento. *vase.*
El mismo aposento en que empezó la Comedia, y sale Ana.
Ana. Ana infeliz, ¡en qué dia
tan horrible y tan funesto
naciste! ¡Qué negro instante
aquel que mis ojos vieron
á Sindhám, en que le dixe
mi puro amor, y en que el premio
dí á su virtud, sin mirar
que su humilde nacimiento
me dexaría infamada
para siempre! ¡Oh Dios! yo tiemblo.
¿Yo unida á Sindhám? ¿La hija
del Milord Darambi, Cielos,
pensó así? Mi padre, (¡ay triste!)
mi casa, Londres entero,
¿qué dirán quando á saber
lleguen un crimen tan feo?
¿Qué me diré yo á mí misma
si escucho solo un momento
á la razon, al honor::
¿Al honor? ¿Qué le obscurezco
por haberme unido á un hombre
de un humilde nacimiento
y pobre? No, no, antes queda
mas limpio, mas puro y terso.
Yo no pudiera jamas
resistir el embeleso
de las gracias de Sindhám.
Aquel honesto respeto
que acompaña á la ternura
de su amor yo le prefiero
á todos los intereses
del mundo:. sí, lo confieso.
Mi padre, mi casa, Londres,
y el mundo, perdonen; quiero
á Sindhám, le estimo, le amo
sobre quanto el universo
en sí contiene, y no aspiro
á otro bien, ni á otro consuelo
que poseer su corazon
fino, enamorado y tierno
mientras viva, publicando
que como á absoluto dueño
de mi alvedrio le rindo
alma, sér, vida y aliento.
Sale Sind. Ana.
Ana. ¿Qué traes, esposo?
Sind. El Baron::-
Ana. ¿Qué? Dilo presto.
Sind. Quiere hablarte.
Ana. Pues responde::-
Pero no: vino á buen tiempo:
dile que entre, y retirado
tú, despues lo que he resuelto
podrás saber.

Sind. Ya conozco
tu virtud; no me detengo.
Vase hácia los bastidores.
Entrad. *al Baron.*
Ana. Para persuadirle
deme su eficacia el Cielo.
Sind. ¿Qué intentará?
Se retira á la derecha.
Bar. Estrañareis,
Madama::-
Ana. Tomad asiento,
Baron, y antes que paseis
á descubrir vuestro intento
os suplíco que me oigais.
Bar. ¿Qué querrá decir? *se sientan.*
Ana. Empiezo:
pero antes debo exîgir
un solemne juramento
de vos.
Bar. ¿Y es?
Ana. Que en ningun caso
revelareis un secreto
que ahora voy á descubriros.
Bar. ¿Qué será tan gran misterio?
Al paño Cec. ¿Dónde se hallará mi prima,
á la izquierda.
que no está en su quarto? Pero
con el Baron está allí:
oir lo que hablan resuelvo.
Bar. Yo lo juro por la fe
de noble y de caballero.
Ana. Con esa seguridad
voy á arrancar de mi pecho
un arcano que ha diez años
que vive en él encubierto.
Cecil. A buen tiempo llegué yo.
Sind. ¿Qué intenta mi esposa, Cielos?
Ana. Yo, Baron, ni ahora, ni nunca
ser esposa vuestra puedo,
por mas que estime y aprecie
hoy vuestros merecimientos.
Hace diez años que dí
mi blanca mano á otro dueño.
Cecil. Bueno.
Bar. ¿Qué es lo que he escuchado?
Ana. Nadie sabe este secreto
sino vos; y á no mediar
el solemne juramento
que hicisteis, y la ocasion
que aquí me ha movido á hacerlo,
ni aun á vos os le fiara.
Pero porque en ningun tiempo
creais que de vuestras nobles
finezas hice desprecio,
os dí esta satisfaccion,
bien á costa (os lo confieso)
de mi rubor. Ya lo hice:
decidme vos vuestro intento.
Cecil. Pues no queda que saber,
voy á contarlo corriendo
á mi tio, porque puede
tenerme cuenta el suceso. *vase.*
Bar. Señora, tan sorprendido
he quedado que no acierto
á responder, y aun apenas
(perdonad) lo que oí creo.
Pero ya sea verdad,
ó sea un noble pretexto
para no uniros conmigo,
el juramento renuevo
de no descubriros nunca.
Aun mas haré por el tierno
amor que os consagro, y por
lo que toca á un caballero
de mis prendas. De la Corte
haré ausencia en el momento,
para evitar que el Milord
apresure estos conciertos.
Esto es solo lo que vine,
gran Señora, á proponeros
al ver vuestra repugnancia,
y esto mismo lo que ofrezco
hacer, despues que fiasteis
á Fronsvill este secreto.
¿Teneis que mandarme? *levántase.*
Ana. No.
No, Ingles heroico; no tengo
levántase.
mas que echarme á vuestros pies,
en prueba::-
Ana se arroja á sus pies, y él la detiene
Bar. ¿Qué haceis? teneos,
que puede alguno notaros.
Ana. Mi eterno agradecimiento,
ilustre Fronsvill::-
Bar. Madama,

hago solo lo que debo,
y así no lo agradezcais:
sabe el Cielo quanto siento
perderos. Mi corazon
se angustia á los ojos vuestros,
señora, y así dexad
que vaya de vos huyendo.
Pero tened por seguro
que Fronsvill pedirá al Cielo
continuamente que os guarde
al feliz esposo vuestro
mil años, colmando á entrambos
de venturas y contentos.

Sale Sind. ¡Ah noble joven! Señores,
á comer.

Bar. Ved que os espero,
Madama.

Ana. Ya voy.

Sind. ¡Ah Bella!
premien tu virtud los Cielos.

Vanse los tres: levantan el telon, se descubre el aposento del Milord con mesa puesta y un rico aparador: habrá algunos criados que sirvan la comida, y uno entre ellos que trinche y haga platos: salen por la izquierda el Milord, Mauricio, Pamela y Cecilia, y poco despues por la derecha Sindhám, el Baron y Ana.

Cecil. Aun no pude descubrir
á mi tio este secreto, *ap.*
y temo que se me pudra
si le guardo mucho tiempo.

Bar. Guardeos Dios, Milord.

Milord. Sentaos. *se sientan los quatro.*

Ana. ¡Ay hija amada! Los Cielos
impiden que te honre hoy
con aquel tierno epiteto
de hija mia, y limitadas
aun mis caricias te ofrezco.

Milord. Pamela, ¿te acuerdas mucho
de tu casa?

Pamel. No por cierto,
Señor, que en esta me dan
algun mejor tratamiento.

Milord. ¿Tan malo era el que te daban
tus padres?

Pamel. No era muy bueno:
que me hacian trabajar
mucho todo el dia entero,
y comia poco.

Sind. El alma
me traspasan sus acentos. *ap.*

Bar. Despejada es la serrana. *ap.*

Maur. Señor, ¿quereis complaceros
en oirla cantar?

Milord. ¿Qué?
¿tambien cantas? *á Pamela.*

Pamel. Canto: pero,
Señor, es quando estoy sola
en la cocina barriendo.

Milord. Vaya, pues canta aquí ahora
alguna cosa.

Pamel. Obedezco:
porque me ha dicho mi padre
que la que á fuerza de ruegos
canta algo, y lo canta mal,
dos veces mal viene á hacerlo.

Milord. ¡Qué aguda es!

Sind. ¡Ay Pamela!
con mi ternura no puedo. *ap.*

Música. Amados corderillos,
testigos de mi fe,
que en este monte alegres
ha rato que paceis,
decidme, ¿dónde está
mi dulce amado bien,
que entre esas pardas breñas
dormido le dexé?
Si en tanto que le busco
acaso os vuelve á ver,
decidle por mi amor
quanto por él lloré.

Milord. Muy bien, Pamela.

Pamel. Señor,
¿os agradó con efecto
mi cantinela?

Milord. Muy mucho.

Pam. Otras sé: con que en queriendo
que cante, mandadlo vos,
y me pondré á obedeceros.

Milord. Está bien.

Pamel. ¿Y á vos, Señora, *á Ana.*
os complació?

Ana. Sí. No puedo *ap.*
resistir mas, ven, Pamela,

to-

toma esta joya, que quiero
quítase una joya, y se la pone.
pagar con ella el buen rato
que diste á mi padre. Al pecho
la lleva siempre, porque
no olvides nunca á su dueño.
Pamel. No le olvidaré, Señora.
Ana. ¿Y me amarás?
Pamel. Con extremo.
Ana. De ese modo pagarás
lo mucho que yo te quiero.
Pamel. ¡Ojalá me amara así
mi madre! Pero en el tiempo *llorosa.*
que tengo, ni una caricia
tan solamente me ha hecho.
Ana. ¡Ah, quién pudiera decirte
la madre que te dió el Cielo! *ap.*
Cecil. ¡Qué cansada es la muchacha!
No estará aquí mucho tiempo,
si yo puedo.
Bar. ¿Quién será
de Ana el venturoso dueño? *ap.*
Milord. Mauricio, lleva á comer
á Pamela.
Maur. Ya obedezco. *vase con Pamel.*
Sale el Criad. Señor, esta sola carta
os ha traido el correo. *dale una carta.*
Milord. Dame: con vuestra licencia.
abrela, y lee.
Cecil. Vaya, me estoy deshaciendo
por desembuchar de pronto *ap.*
á mi tio todo el cuento.
Milord. Toma, lleva esta al instante
da una carta á Sindhám.
á Milord Cumank. Apruebo
su rigor.
Bar. Milord, ¿qué nueva
os da esa carta, que os veo
tan demudado?
Milord. Ninguna
que me importe: oid atento
su contenido:
Milord amigo: Ayer salió de esta el navio que os anuncié en mi anterior con el cargo arreglado á las mismas polizas que me enviasteis. El tiempo es favorable, por lo que, si no ocurre novedad, llegará el 26 del corriente. Pasareis la adjunta á Milord Cumank, pues le doy en ella el mismo aviso para su gobierno. En esta solo ocurre una novedad digna de vuestra atencion, y es, que la hija de un rico comerciante se halla gravemente herida por la misma mano de su padre. Dicen que dió motivo á este exceso el hallarla casada sin su noticia con un hombre inferior á su calidad, &c.
Bar. Fue cruel.
Milord. ¿Cruel? Muy piadoso creo
que anduvo en dexar una hija
tan infame con aliento.
Sola una tengo, Baron;
pero si fuera su pecho
capaz de una igual baxeza,
abriera mi propio acero
quantas venas tiene, y yo
bebiera su sangre luego.
Ana. Tiemblo de oirle. *ap.*
Cecil. ¿Qué tal, *ap.*
se enfurecerá en sabiendo
lo que pasa?
Bar. ¡Ana infeliz!
¿con qué temores te veo? *ap.*
Muy mal hicierais, Milord,
que nada perdiera es cierto
vuestra hija, ni otra alguna
de mas claro nacimiento
por unirse á un hombre pobre
y humilde, como sus hechos
fueran honrados. Mas antes
la casara yo, os confieso,
con un pobre virtuoso
que con un rico soberbio.
Milord. Basta, Baron: vos lo hariais,
levántanse todos.
pero yo no pienso hacerlo.
Guárdese mi hija, sí,
de admitir un pensamiento
tan infame, pues aun antes
que á tener llegara efecto,
olvidando la ternura
de padre, fuera yo mesmo
de su vergonzosa vida
el verdugo mas sangriento.

Sind. Ya se acabó la esperanza *ap.*
que tuve de enternecerlo.
Ana. Muerta estoy. *ap.*
Cecil. Zape; mi prima
va á probar el pan de perro. *ap.*
Milord. Venid, Baron.
Cecil. Tio, ved *al oido.*
que los dos ahora tenemos
que hablar.
Milord. Está bien: pues ve,
y espérame en mi aposento.
vase Cecilia.
Bar. Piedad, pues de mi nobleza
eres hija::-
Milord. Honor, pues veo
el riesgo en que estás::-
Ana y Sind. Amor,
pues que tu peligro veo::-
Todos. Para el dolor que me aqueja
inspírame tú el remedio. *vanse.*

ACTO SEGUNDO.

El mismo aposento de Ana, y sale Sindhám con capa y espada.

Sind. ANtes de llevar aquesta
carta á Cumank solicito
ver á Bella: no está: ¡oh Dios!
Yo no oso entrar: es preciso
que el dolor que halle en mis ojos
acreciente su martirio.
¡Ay, Ana hermosa, qué tarde
conozco que fue delito
el amarte yo! Creí
que todo mi regocijo
y ventura consistia
en que oyeses mis suspiros
afable, y correspondieras
á Sindhám con un cariño
puro y honesto. ¡Ah, qué poco
conocia yo el peligro
de este deseo! No bien
aun mas de lo apetecido
gocé, ¡quántas amarguras,
quántas ansias y conflictos
me cercaron! En diez años
no ví dia sin martirio,
noche sin desasosiego,
hora sin grande peligro,
ni instante sin sobresalto,
y por fin hoy se han unido
todos á afligirme. Aquí
me pinta el discurso vivo
á mi esposa maldiciendo
el instante en que conmigo
se unió. Allí mi fantasia
me bosqueja los conflictos
que pasa por mí, la afrenta
y el rubor con que es preciso
que viva al verse casada
con Sindhám. ¡Oh Dios! El mismo
remordimiento destroza
mi alma: ya el propio sitio
horrible en que yo solia
seducir aquel sencillo
corazon, la mas amarga
idea de mi delito,
y su peligro, me ofrece:
ya me parece que miro
á Ana bella revolcada
en su sangre, y que su impío,
su cruel padre traspasa
con el agudo cuchillo
veces mil su pecho. Ya
en sus últimos suspiros
mi favor implora; sí,
sí, ya hiere mis oidos
su voz: Sindhám, Sindhám, dice,
corre, corre á darme auxîlio.
Bárbaro Milord espera,
deten el golpe atrevido,
y no acabes una vida
por quien yo, sí::- ¡Qué delirio,
qué ceguedad me produce
mi mismo dolor, mi mismo
sentimiento! ¡Ah, Sindhám triste,
qué lejos está el alivio
de tus penas! Ya tu crimen
que se descubra es preciso,
si insiste el Milord en dar
esposo á su hija; miro
mi muerte y la de mi esposa
infalibles quando altivo
su padre nuestra union sepa.
Si una pronta fuga elijo

por seguro á nuestro riesgo,
¿dónde iré destituido
de todo? ¡Con qué amargura
no veré al amable hechizo
de mi esposa y mi Pamela
cruzar montes, trepar riscos
y sufrir calamidades!
La hambre, la sed, los activos
rayos del sol, y el cansancio
darian un fin prolijo
á sus dulces vidas, sí.
Pues ¿qué medio, qué camino
seguirás, Sindhám, en tantas
angustias? ¿Quál? El mas digno
para un corazon cansado
de lidiar con su conflicto:
el morir; sí, sí, muramos:

saca el puñal.

enmendemos el destino
de Bella así: este borron
que en el papel terso y limpio
de su claro nacimiento
cayó acabe ya conmigo:
quede otra vez blanco, sí:
dexe su honor redimido:
goce del Milord la gracia,
y viva por muchos siglos
venturosa; y tú, Sindhám,
pues cometiste el delito
de hacerla infeliz, acaba
al furor de aquestos filos.

Va á herirse: sale precipitadamente Ana, y dando un grito descompasado le detiene el brazo.

Ana. Sindhám, ¿qué haces? ¿estás loco?
¿qué frenesí, qué delirio
te precipita á una accion
tan temeraria? ¿Tú mismo
contra aquella amable vida
por quien yo aliento y respiro?

Sind. Sí, Bella, sí; ¿cómo quieres
que yo viva ya tranquilo
un instante, contemplando
que he manchado tu honor limpio,
y te he expuesto á los rigores
de un padre? No, no, abomino
ya la vida, la aborrezco;
déxame morir.

Ana. ¿Qué has dicho,
caro Sindhám? ¿Así rinden
tu noble y heroico brio
las adversidades? ¡Ah!
Me avergüenzo de decirlo:
¿dónde está aquella virtud
que tanto ha resplandecido
en el alma de Sindhám?
¿Las desgracias, los conflictos,
los infortunios conducen
á un corazon poseido
de religion, de nobleza,
y de amor á tan indignos
y tan detestables hechos?
¡Ah! No, no: miente quien dixo
que Sindhám me ama.

Sind. ¡Ay esposa!
Ese solo es mi delito.
Mi amor me ofreció el puñal:
mi amor armó el brazo altivo;
y mi amor::-

Ana. ¿Tú me amas?

Sind. ¡Ah!

Ana. Pues si me amas, Sindhám mio,
¿por qué con tu triste muerte
quisiste añadir martirios
á mi corazon? ¿No ves
el evidente peligro
en que quedarán las vidas
de Ana y Pamela si el digno
brazo de Sindhám las falta?
¿Dudas tú que mi cariño
con mi vida acabaria
en aquel instante mismo
que tú espirases? No niego
que he dado por tí al olvido
mi honor, mi padre, mi sangre,
y aun á los piadosos gritos
del Cielo fuí sorda, por
ser toda de mi cariño;
es verdad que quantas ansias,
quantas penas y conflictos
me cercan de este amor nacen;
lo sé: mas solo un suspiro
de Sindhám, una ternura,
un sentimiento nacido
de su amante corazon
recompensa estos martirios.

Pues ¿por qué hemos de tratar
de morir? No, esposo mio;
vivamos, para que viva

Llega á los bastidores de la izquierda, y saca á Pamela.

este fruto peregrino
de nuestro amor: vuelve, vuelve
los ojos, Sindhám querido,
á esta infeliz criatura,
nacida á pagar delitos
de sus padres, que no dudo
que quedes enternecido:
mírala ya con su madre,

Arrójanse ambas á los pies de Sindhám, y este las vuelve el rostro enternecido.

bañando con su continuo
y tierno llanto tus plantas.
No mis ruegos, Sindhám mio,
te conmuevan, no mi llanto,
no mi amor, no mi peligro,
sino el de aqueste pedazo
de tu corazon. Los gritos
de su ternura resuenen
hoy, Sindham, en tus oidos.
Oyelos: la humanidad;
sí, tu paternal cariño,
la naturaleza, todos
lo mandan, y yo lo pido
por mí amor: pero si acaso
pueden tan poco contigo
el amor, la religion,
nuestro llanto, y el peligro
en que quedamos, que insistes
en acabar á los filos
de ese puñal, de este modo

Quítale la espada de pronto, y se amenaza.

tu debilidad imito.

Sind. ¿Qué haces? Tente.

corriendo á detenerla.

Ana. De una vez
acabo así mis martirios.

Sind. Tente.

Ana. Si das otro paso,
con este acero divido
mi corazon. De tu mano
despide ese basilisco,
ó á un tiempo muramos.

Pamel. Madre,
¿qué quereis hacer?

Sind. Yo espiro.

Ana. Hija, morir, pues lo quieren
hoy tu padre y mi destino.

Pamel. ¿Mi padre? ¿Pues dónde está
ese cruel padre mio?

Ana. Vesle ahí.

Pamel. No, madre mia;
que estais engañada digo,
pues si este fuera mi padre
ya se hubiera enternecido
al vernos llorar.

Sind. ¡Ay hija!
¡Ay Ana bella! ¡Ah destino!
¡Ay triste Sindhám! ¡Oh Cielos,
doleos de mi martirio!

Pamel. Si sois mi padre, y si sois
esposo de la que ha dicho
que es mi madre, ¿por qué causa
habeis así de afligirnos
á las dos? ¿Con qué razon
quereis entrambos moriros
y dexar desamparada
á Pamela? ¿No habeis visto
que aun soy niña, y no podré
ganar el sustento mio?
¿Dónde iria yo sin padres?
¿En quién hallaria abrigo
la pobre Pamela? ¡Ah! No.
Miradme mas compasivos
los dos. Sí, padre. Sí, madre.

arrodíllase.

De rodillas os lo pido;
y de aquí no me levanto
mientras que no lo consigo.

Pamela se ve arrodillada entre Ana y Sindhám, y al decir este verso corren á un tiempo los dos, y la levantan enternecidos.

Los dos. ¡Hija amada!

Pamel. ¿Vivireis?

Ana. Sí, mi Pamela.

Sind. Sí, hechizo
de mi corazon, que solo
tu llanto me ha conmovido.
Detesto mi ceguedad,

mi temeridad maldigo,
y me avergüenzo de verme
por tí misma reprendido.
Toma, esposa: de mi vista
dala el puñal.
aparta ese basilisco
cruel, porque no me acuerde
este exêcrable delito.
Vivamos ya: resistamos
la adversidad del destino
constantes, hasta que el Cielo
le enmiende compadecido.
Tú, Pamela, pues ya sabes
quienes tus padres han sido,
procura amarles de modo
que no puedas descubrirlo.
Pamel. ¿Pues qué es malo que yo sea
hija de usted, padre mio?
¿Todas las hijas no llaman
padre con gran regocijo
á sus padres? ¿Por qué yo
no he de hacer aquí lo mismo?
Sind. Porque los Cielos no quieren.
Pam. ¿No quieren? ¡Ah! Pues no chisto.
Sale Mauricio presuroso y como demudado.
Maur. Sindhám.
Los dos. ¿Qué traes?
Maur. ¡Oh Dios!
Ana. ¿Tú demudado?
Sind. Mauricio,
¿tú te agitas? ¿qué hay? Di presto.
Maur. No sé si podré decirlo.
Vuestro padre ha preguntado
por vos muy enfurecido
en este instante, y sabiendo
que estabais en este sitio
tomó un puñal, y aquí viene
con todo el color perdido.
Ana. ¡Santo Dios!
Sind. Yo tiemblo.
Maur. Presto
retíraos los dos conmigo,
Ase de la mano á Sindhám y á Pamela.
que el Cielo á vuestra virtud
dará su eficaz auxîlio.
Sind. Yo muero. *ocúltanse los tres.*
Ana. Triste de mí, *con temor.*
que de un padre enfurecido
la cólera:: ¡Oh Dios! Ya viene.
¡Ana infelice! Yo espiro.
Sale el Milord sin sombrero con la espada desnuda.
Milord. Oprobio de mi linage,
afrenta, borron indigno
de una estirpe esclarecida,
dime: ¿quién ha seducido
tu corazon? ¿Es creible
de tí el infame delito
de que te acusan? ¿Osaste
á unirte sin el permiso
de tu padre? Dilo, acaba,
respóndeme.
Ana. ¡Ay padre mio!
echándose á sus pies.
Yo fuera ingrata dos veces
á quien el sér he debido
si con engaños quisiera
mitigar hoy el martirio
de tu corazon.
Milord. ¿Qué dices?
Ana. Yo no debo mi destino
ocultaros mas, Señor;
yo estoy casada::-
Milord. ¿Qué has dicho,
vil muger?
Ana. La virtud noble
de un joven::-
Milord. ¿Podré yo oirlo
sin arrancar á pedazos *colérico.*
tu corazon atrevido?
Mas, sí podré, hasta que sepa
quien fue el seductor impío
de tu inocencia, porque ambos
tolereis á un tiempo mismo
mis rigores; ¿dónde, dónde
se oculta? ¿quién es? ¿quién? Dilo.
Ana. Padre::- *abrazada de sus rodillas.*
Milord. No me des tal nombre,
que me avergüenzo de oirlo.
Ana. Vuestra compasion merezca
esta infeliz. Mi delito::- *llorosa.*
Milord. Tu sangre y la de ese hombre
infeliz::- Dime, ¿en qué sitio
le hallaré? ¿Cómo se llama?
Ana. Padre, mi amor, su peligro

me instan á callarlo.

Milord. Teme
de este brazo vengativo
el golpe, si no lo dices.
amenazándola.

Sind. Yo no espero mas, Mauricio.
queriendo salir.

Maur. Tente.

Ana. Pues, Señor, aquí
os ofrezco el pecho mio
gustosa, abridle, saciaos
con mi sangre, si así libro
la de mi esposo.

Sale Sindhám, Pamela y Mauricio, y los dos primeros se arrodillan á los pies del Milord, que quedará suspendido.

Sind. Eso no,
que he de morir yo contigo. *á Ana.*
Aquí teneis el objeto
de vuestro furor rendido
á vuestros pies.

Milord. Sindhám::-

Sind. Sí,
yo soy el autor impío
de este crimen: yo seduxe
con engaños y delirios
la joven mas virtuosa
y amable que han conocido
los mortales. Esta culpa
tan atroz, ni el Cielo mismo
puede sufrirla; y así
pase un agudo cuchillo
mi corazon, porque lave
con mi sangre este delito.

Ana. No, padre mio, no oigais
las voces que ha sugerido
á Sindhám la dura pena
de haberos hoy ofendido:
los de la naturaleza
oid no mas: los que el mismo
amor paternal os hace.
Este es Sindhám, padre mio,
esta aquella desgraciada
hija vuestra, que sin juicio
os ofendió, y esta tierna
imagen de mi delito,
cuyas gracias encantaron
vuestro corazon benigno,
triste fruto es de un amor
criminal: los tres sumisos
vuestro perdon imploramos,
señor, regando hoy activos
vuestros pies con nuestro llanto:
concededle compasivo,
padre, y dexad que este dulce
y tierno nombre el cariño
que os tenemos os tribute;
vereis quan reconocidos
á vuestra horoica piedad
eternamente vivimos.

Pamel. Sí, señor, perdone usted
á mis padres, abuelito.
Míreles con qué amargura
llorando están. Yo me aflijo
tambien de verles.

Milord. ¿Pamela
mi nieta? Estoy aturdido. *ap.*

Maur. No me atrevo á hablarle. *ap.*

Pamel. Padre,
pues no se ha compadecido
de nosotros, vámonos;
Dios nos abrirá camino
para ganar de comer
en otra parte.

Milord. ¡A qué risco *ap.*
no ablandarán sus razones!
Solo á mí que endurecido
con esta afrenta he cerrado
á la piedad los oidos.

Sind. Ea, señor, si el recuerdo
del duro oprobio que vino
por Sindhám á vuestra casa
os hace no oir los gritos
del amor y la ternura,
aquí está mi pecho, heridlo,
y redima con mi sangre
la afrenta que os origino.
Sindhám morirá gustoso
si Ana recobra el perdido
derecho de vuestro amor:
restituidla benigno
vuestra ternura, y yo acabe
al estrago de esos filos.

Milord. Objetos abominables,
huid de mi vista: idos,

idos á donde jamas
vuelva á veros mi conflicto:
dexa ese lugar que tienen
tus hechos envilecido, *á Ana.*
y con el cómplice vil
de tu exêcrable delito
vive, vive; pero sea
con el horrible martirio
de mi eterna maldicion.

Ana. ¿Vuestra maldicion? ¡Dios mio!
con horror.
Yo tiemblo.

Milord. Sí, sí.

Maur. Señor::-

Milord. ¿Aun estais aquí?

Sind. Yo espiro.

Milord. Pero haceis bien, que pues ya
con tan grande horror os miro,
huyendo irá de vosotros
para siempre mi cariño. *vase.*

Ana. Padre. *queriéndole seguir.*

Maur. Señora, teneos.

Ana. Sindhám.

Sind. Ana, mi cariño
te hizo infeliz.

Ana. Ay esposo,
que ningun mal he sentido
hasta este instante. Esta triste
maldicion::- Al repetirlo
me cubro de horror.

Maur. Señora,
no es tiempo ya de afligiros.
Asegurar vuestras vidas
importa. Al instante mismo
es fuerza que os ausenteis
de esta casa, y escondidos
espereis á que mis ruegos
mitiguen el excesivo
rigor del Milord.

Sind. ¡Ay hija!

Maur. Para estos casos se hizo
el valor. Los infortunios,
los contratiempos prolixos
acrisolan la constancia;
ella los vence. El peligro
le hace mayor por instantes
la debilidad. Amigo
Sindhám, ánimo, y fiemos
en el Soberano auxîlio.

Sind. Ay, fiel Mauricio, que son
muy fuertes y repetidos
estos golpes. Mis desgracias
no rendirian mi brio
jamas, pero las de Bella
y las de Pamela (¡ah digno
y leal amigo!) traspasan
mi corazon afligido
vivamente.

Ana. Pues no, esposo:
á Ana la hallará el conflicto
siempre animosa, si en tí
mira un ánimo tranquilo;
y mi Pamela adorada
con sus gracias dará alivio
á tu quebranto.

Pamel. Por mí
no os aflijais, padre mio,
que ya estoy hecha á trabajos.

Sale un criado.

Criad. Señora, esta carta dixo
el Milord que en vuestra mano
pusiera. Ya he obedecido.
da una carta á Ana y vase.

Ana. Todo me altera. *abriéndola.*

Sind. ¿Qué puede
querer el Milord, Mauricio?

Maur. No sé; ya todo me asusta.

Ana. Escuchad el contenido.

Lee. ¡*Monstruo horrible, que naciste á ser el borron de tu linage, y homicida cruel de quien el sér te dió! Milord Darambi te manda que en el instante hagas entrega á Mauricio de quantas galas y joyas conservas, y cubriendo tus carnes con el vestido de la mas ínfima criada, salgas de Londres con el vil compañero y autor de tus desgracias. Obedece prontamente, ó sereis ambos arrojados con ignominia por mis criados.*

Representa. ¡Buen Dios!

Sind. ¿Hasta quando Cielos
tu rigor ha de afligirnos?

Maur. ¡Pobres jóvenes! Mi llanto *ap.*
han movido sus gemidos.

Ana. ¡Ah padre! ¡Ah Milord! ¡con qué
rigor mirais mi delito!
Sind. Yo no puedo ni aun mirarla
sin lágrimas.
Ana. O maligno
Baron, faltaste á tu fe
porque yo muera.
Sale el Baron. ¿Qué miro?
Bella Ana, Sindhám, sacadme
sobresaltado.
de tantas dudas. He visto
salir de aquí demudado
al Milord, y sorprendidos
os veo á todos. ¿Qué es esto?
Ana. Caballero el mas iniquo,
el mas pérfido y cruel
de Inglaterra, ¿sois el mismo
Fronsvill, de quien hoy la fama
tan grandes elogios hizo?
¿Sois aquel cuya virtud
envidié con gran motivo
tantas veces? Y en fin ¿sois
aquel joven que rendido
confesaba á Ana un amor
el mas verdadero y fino?
No es creible, no. Vos sois
un monstruo horrible, nacido
solamente á ser origen
de nuestras desgracias. Idos,
idos, que vuestra presencia
mas y mas ha de afligirnos.
Bar. Yo estoy absorto: Madama,
que os declareis mas os pido
humildemente.
Ana. He, apartad.
Bar. Considerad que no es digno
Fronsvill de vuestros rigores.
Ana. Y aun de los del Cielo mismo.
Bar. ¿De los del Cielo? Señora,
ved que me habeis sorprendido.
Ana. Sí, perjuro.
Bar. ¿Cómo? ya
eso no podré sufriros,
Madama.
Ana. Sois un::- Tomad;
da la carta al Baron.
ved lo que os ha producido
vuestra impiedad. Sorprendeos,
afrentaos y confundios.
lee el Baron como sorprendido.
Maur. ¿Qué habrá hecho el Baron? *ap.*
Sind. No sé
como mi furor reprimo. *ap.* (dama,
Bar. ¡Qué horror! ¡Qué impiedad! Ma-
no pretendo desmentiros
con mi voz: mis hechos solos
lo acreditarán hoy mismo.
Yo os perdono los agravios
que vuestro dolor me hizo,
como creais que Fronsvill
no fue capaz de un delito
tan exêcrable. Los Cielos
me confundan vengativos,
á vuestros ojos, si osado
falté al juramento mio.
Ana. ¿Cómo es creible, si vos solo
el secreto habeis sabido?
Bar. No es tiempo de eso, Madama:
yo mi nobleza acredito
de este modo: á quatro millas
de Londres habeis sabido
que una Quinta tengo: en ella
vive Vaturman mi tio:
yo le escribiré una carta
para que os tenga escondidos
en ella, en tanto que logro
que el Milord, compadecido,
os vuelva á su gracia. Y quando
no pudiere conseguirlo,
quantos estados poseo
serán vuestros, y conmigo
vivireis felices.
Ana. Cielos,
¿puede ser esto fingido? *ap.*
Bar. Obedeced los preceptos
del Milord, como es debido,
y disponeos á partir
mientras yo la carta escribo.
Ana. Estoy absorta.
Bar. A Dios, Bella,
el Cielo os guarde mil siglos
con vuestro esposo, colmada
de dichas y regocijos;
á Dios.
Ana. Esperad.
Bar. No puedo,

que está mi honor ofendido,
y hasta que le satisfaga
no puedo vivir tranquilo. *vase.*
Ana. ¿Es esto creible?
Sind. Sí.
Sí, amada esposa: yo he visto
en Fronsvill todas las señas
que suele traer consigo
la verdad.
Maur. El corazon
de Fronsvill es muy sencillo
y noble: yo le conozco,
y de su oferta me fio;
con que no perdamos tiempo.
Sind. Sí, obedezcamos sumisos
la orden del Milord, y el Cielo
admita este sacrificio.
Tú cuidarás de entregar
á Cumank aqueste ascrito
da una carta á Mauricio.
de parte de tu señor,
pues yo hacerlo no he podido
hasta ahora.
Maur. Está bien: no sé
como mi dolor reprimo. *ap.*
Ana. Ve, Mauricio, y con Pamela
espera en el quarto mio.
Pamel. Madre no me dexe usted,
y se vaya. *vase con Mauricio.*
Ana. Ya te sigo,
hija mia. En fin, Sindhám,
ya los Cielos han querido
que pierda por tí mi patria,
mi casa, y el amor mismo
de mi padre: ya gustosa
lo dexo todo, y reprimo
hasta el dolor de dexarlo.
Ya los mayores peligros,
trabajos y adversidades
hoy á resistir me animo
por tí solo, por tí. ¡Ah!
Págame estos sacrificios,
Sindhám mio, amando á Bella
constante, sincero y fino.
Sind. Yo te lo juro.
Ana. Pues lluevan
pesares.
Sind. Lluevan martirios.
Ana. Infortunios.
Sind. Y desgracias.
Los 2. Sobre mí.
Ana. Que si consigo
tu amor.
Sind. Si logro tu fe. (*se.*
Los 2. ¿Cómo he de poder sentirlos? *van-*
Aposento del Milord, y se descubre
este sentado en una silla de brazos,
trastornado de dolor, y sale al
paño Cecilia.
Cecil. Vaya, yo estoy aturdida.
¡Sindhám su esposo! No he visto
mayor locura. Ello es fuerza
que se lo cuente á mi tio.
Allí se ve. ¡Pobre viejo!
En sabiéndolo es preciso
que se desespere.
Levántase Milord. No,
en vano está mi cariño
reprendiendo mi crueldad. *furioso.*
Sufran, sufran sus indignos
corazones penas, ansias
y tormentos, pues el mio
cubierto está de amargura
por su causa.
Sale Cecil. Tio, tio.
Milord. ¿Qué traes?
Cecil. Una noticia
que habeis de estimar.
Milord. ¿Quál? Dilo.
Cecil. Que Sindhám es::-
Milord. Calla, calla,
no me acuerdes ese indigno
borron si probar no quieres
mi cólera.
Cecil. Ya no chisto.
Milord. ¡Ah hija vil! Vivir me haces
en un extremo conflicto.
Cecil. Habeis visto qué eleccion
tan baxa, y tan::-
Milord. ¿No te he dicho
que calles?
Cecil. Pero señor::-
Milord. Vive Dios::-
Cecil. No, no replico.
Chispas, ¿y quál está el viejo?
Voime, no pegue conmigo.

Al irse á entrar sale el Baron, y le dice al bastidor.

No hableis de amor á mi prima,
Baron, porque sus oidos
estrañan esas materias.
Ha, ha, ha. *parte riendo.*

Bar. ¡Qué poco juicio
tiene Cecilia! ¿Milord?

Milord. Fronsvill es: estoy corrido.

Bar. Yo os creí de un corazon
blando, afable, y poseido
del amor á la virtud.
Pensé que hallara dominio
en él la naturaleza,
y por eso vuestro amigo
me llamé un tiempo. Mas ya,
reconociendo los vicios
de que se halla el alma vuestra
llena, digo que abomino
vuestra amistad, y me afrento,
Milord, de reconveniros.
Una hija teneis amable
y virtuosa. La estimo:
es verdad; pero no os habla
por ella aquí mi cariño,
sino la razon. La hallais
unida hoy con el mas digno
de los hombres, con un joven
honesto, cuyo cariño
la hará feliz, y tan solo
porque es pobre y de abatido
nacimiento, la que fue
noble eleccion, de delito
caracterizais; contra ellos
esgrimis enfurecido
vuestro enojo; de amargura
llenais aquellos dos dignos
corazones; olvidais
hasta el paterno cariño;
y de vuestro mismo lado
alejais hoy (me horrorizo)
con oprobio á una hija vuestra.
Esto sí que confundiros
debiera, no el verla unida
á Sindhám; pues vos, vos mismo
os gloriais de verlo,
á no estar tan poseido
de vuestra ambicion. En fin
ya de Londres han salido
Ana y Sindhám, penetrados
del sentimiento mas vivo
y doloroso; Pamela,
aquel adorado hechizo
de sus padres, con el llanto
mas amargo y excesivo
les sigue, compadeciendo
á los troncos y los riscos.
Y vos, Milord, ¿oireis
con el ánimo tranquilo
mis voces? Vos, á quien deben
interesar sus conflictos,
¿os mostrareis insensible
y sordo al horrible grito
de la sangre? ¡Ah qué impiedad!
Vos tendreis el regocijo
de sacrificar tres vidas
á vuestro furor impío;
pero los remordimientos
del alma vuestra es preciso
que den á vuestra vejez
el tormento mas continuo.
Quedaos, que yo horrorizado,
admirado, y aun corrido
de ver vuestra crueldad,
huyendo iré de este sitio,
y de vos, clamando al Cielo
que os dé un severo castigo.
hace que se va.

Milord. ¡Oh Dios! Fronsvill.

Sale Maur. De dolor *(do.*
traigo el corazon partido *ap. lloran-*
señor, vuestra hija::-

Milord. No des
tal nombre á ese basilisco.

Maur. Cumpliendo vuestro mandato
partió ya, y dexa este escrito
para vos.

Milord. Muestra; no esperes
que me ablanden tus gemidos.
Abre la carta y lee.

Amado padre: Dexo obedecidas vuestras órdenes, y salgo de Londres por quitar de vuestros ojos un objeto que tanto os es aborrecible. Voy á morir gustosa para que vivais tranquilo. Los instantes que el amor pater-

terno ocupe el fondo de vuestro corazon sabreis el vivo dolor con que llevará esta infelice madre á su tierna y amada hija hácia la muerte. Este sentimiento, y el de haber merecido vuestro enojo, son los únicos que me acaban por instantes. Por ellos, y por el tierno amor con que un tiempo me mirasteis os ruego que levanteis vuestra maldicion á esta hija infeliz, que siempre amará vuestra memoria.

Repres. ¿Levantarla? No lo pienses.
Irá al sepulcro contigo,
hija vil.

Maur. Señor, oid
lo que en vuestro seno mismo
dicta la naturaleza.
Hasta aquí de vuestro juicio
fue dueño el primer impulso
del enojo. Yo os suplico *de rodillas.*
con el llanto mas amargo
que os sereneis. El delito
de mi señora::-

Milord. Es el mas
detestable, el mas iniquo.

Maur. Os ama::-

Milord. Yo la aborrezco
cruelmente.

Maur. ¡Ah! La he visto
morir de pena al dexar
esta casa.

Milord. Y bien, Mauricio;
con pena muera quien tanta
ocasionó al pecho mio. *vase.*

Maur. ¡Oh Dios, qué inflexîble está
su corazon! Yo me aflijo.

Bar. No, no desista por eso
nuestra piedad, de continuo
atormentemos su alma
con los recuerdos mas vivos
de esta impiedad.

Maur. Mi señor
es bien cruel.

Bar. Poseido
está del furor. Yo sé
que ha de hacer presto su oficio
el paternal amor. ¡Ah!
Yo su error he reprendido
agriamente, y delibero
seguir haciendo lo mismo
á favor de la virtud
de Ana y Sindhám.

Maur. Sois benigno.

Bar. Soy sensible, y me lastiman
sus desgracias. Tú, Mauricio,
intercede sin cesar
por ellos, que yo confio
que hemos de ablandarle.

Maur. El Cielo
lo conceda compasivo.

Bar. Sí hará, sí; pero entretanto
nosotros blandos.

Maur. Sumisos.

Bar. Constantes.

Maur. Llenos de fe.

Los 2. Pidámosle enternecidos
que dé á aquellas tristes almas
gracia, paz, gusto y alivio. *vanse.*

ACTO TERCERO.

El teatro será un monte de alguna eminencia con muchos árboles, entre los que habrá algunos corporeos, que irán cortando varios labradores, y baxándolos á una de tres cabañas que habrá al pie del monte á la izquierda. La Scena se abrirá con la siguiente música, que saldrá escuchando Sindhám de labrador.

Música. NO cambiára el jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.

Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no no,
que el señor no goza siempre
la paz de que gozo yo.

Sind. ¡Ah qué bien conocen todos
la ventura y la alegria
con que aquí viven, agenos
de cuidados y de envidias!
¡O venturosos vosotros,
que de las falsas delicias

de

de la opulencia vivisteis
apartados! Las sencillas
y honestas leyes que impuso
la virtud, y que seguidas
se ven por vosotros, ¡ah,
quán apreciables, quán dignas
serán de mí y de mi esposa!
Nuestras almas, enemigas
de todo engaño, serán
felices en compañia
de vuestra sinceridad,
y en las humildes casillas
y chozas, que la verdad
y la Religion habitan,
hallarán nuestros deseos
todo el bien que apetecian.
Cruel Vartumank, no importa
que la piedad que exercia
Fronsvill con nosotros la haya
hoy negado tu codicia,
pues entre esta humilde gente
la hallarán nuestras desdichas.
Allí dexo descansando
un poco de las fatigas
del camino á Ana y Pamela,
y vengo::- Pero el que miran
mis ojos será sin duda
el Mayoral, bien lo indica
su trage; yo llego, sí,

Ricardo habrá salido de la segunda choza, y estará mirando desde el pie del monte á los trabajadores; y llega Sindhám.

señor, humilde os suplica
un infeliz que atendais
á remediar sus desdichas.
Ricard. ¿Qué quereis?
Sind. Señor, yo amo
á una muger peregrina,
que es mi esposa, tiernamente.
Por mi causa está abatida,
y en la situacion mas triste
y deplorable. No aspira
mi ternura á mas, señor,
que á llevar á ella y su hija
un poco de pan con que
la hambre que las mortifica
remedien. Vuestra piedad
haga que yo lo consiga
por vida vuestra, señor,
concediéndome este dia
un jornal entre esa gente
que trabajando se mira.
Ricard. Bien está, yo os le concedo:
subid á ese monte aprisa,
é id baxando á esa cabaña
poco á poco las encinas
que hay cortadas; mas sabed
que del jornal se os desquita
el tiempo que malgastareis. *vase.*
Sind. Está bien, señor. Los Cielos
á vos y á vuestra familia
colmen de bienes por esta
caridad. ¡Con qué alegria
parto al trabajo! Buen Dios,
de Ana y de Pamela cuida.

Sube al monte: repite la música la cantinela con que se empezó este acto; y salen en trage humilde Ana y Pamela.

Música. No cambiára un jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.
Unos. No, no, no.
Otros. No, no, no.
Todos. No, no, no;
que el Señor no goza siempre
la paz de que gozo yo.
Ana. Tarda mi esposo, y mi amor
sin su dulce compañia
no se halla bien. ¿Dónde, Cielos,
habrá ido? Amada hija,
tampoco está aquí tu padre.
¡Oh Dios, y quánto se agita
mi espíritu contemplando
su despecho.
Pamel. No se aflija,
madre mia, que habrá ido
á traernos pan.
Ana. Alivia
tanto su virtud mis penas,
que no puedo sin su vista
descansar, ven, preguntemos
á esta gente si por dicha
le han visto pasar.

Pa-

Pamel. Sí, vamos.

Ahora acabará de baxar Sindhám con un tronco sobre los hombros: Ana le ve, y corre hácia él con Pamela.

Ana. ¿Pero qué es lo que divisan
mis ojos? Sindhám.
Sind. Esposa,
pronto en la choza que miras
dexo el tronco, y volveré
á gozar de tus caricias.
Ana. Yo te ayudaré, porque
sea menos tu fatiga.

Entre los dos entran el tronco en la primera cabaña.

Sind. ¡Qué amor!
Ana. ¡Qué virtud!
Pamel. Qué padres
tan buenos tengo! Seria
venturosa si mi abuelo
fuera así, pero se irrita
mucho, y (ahora que no lo oyen)
es muy cruel: no se lastima
de nada. *salen los dos.*
Sind. Amada Pamela,
llega á mis brazos aprisa
para que aquesta tarea
con mayor júbilo siga. *ábraza á Pam.*
Pam. ¿Y mi madre y yo qué haremos?
Sind. Descansar, amada hija,
que no son estos trabajos
para las dos; no sois dignas
de este abatimiento.
Ana. ¡Ah,
quanto, Sindhám, martirizan
mi corazon esas voces!
Ana fue solo nacida
para amarte, y::- no, Sindhám,
no hablemos ya mas de dichas,
de timbres, ni de riquezas:
mi corazon abomina
unos bienes que á su arbitrio
la fortuna los disipa.
Yo no puedo ya, ni quiero
ocupar la idea mia
de otro objeto que Sindhám;
Sindhám y su tierna hija
serán todo mi placer,
mi consuelo y alegria:
pero no puedo sufrir
que alivies nuestras desdichas
tan á tu costa. Yo quiero
mil muertes antes.
Sind. Respira,
respira, esposa, y desecha
la piedad con que me miras;
guárdame tu corazon,
y tu voluntad sencilla,
Bella, y verás que son dulces
á Sindhám estas fatigas.
Ana. ¿Qué es lo que dices? ¿Pues qué
crees que es mi alma distinta
de la tuya? ¿Mi pasion
es acaso menos viva
para mirar tus quebrantos
y humillacion mas tranquila
que tú mis trabajos? ¡Ah!
No, Sindhám. Yo me creeria
indigna de tu amor, si::-
Sind. Calla, esposa, no prosigas,
ve y siéntate con Pamela
á la sombra de esa encina,
que yo á seguir mi tarea
vuelvo.
Pamel. Padre.
Sind. ¿Qué, hija mia?
Pamel. Que no puedo resistir
el hambre ya.
Sind. ¡Suerte esquiva!
¿Para esto me hiciste dueño
de aquel bien que apetecia?
Ana. En vano Sindhám procura *ap.*
ocultar su pena. Hija,
espera, que prontamente
comeremos.
Pamel. Madre mia
mi necesidad es tanta
que no puedo resistirla.
Sind. ¿Cómo sus voces no acaban
de una vez mi triste vida?
¡Ah cruel Sindhám! ¡Ah padre
el mas bárbaro! ¿Tú miras
los rigores que á tu esposa
y á tu hija misma origina
tu culpa, y no te confundes?
¿No caes muerto á su vista
de dolor? *ap.*

Ana. Sindhám querido,
consuélate, no te aflijas,
que pues tú por nuestro amor
á ese exercício te humillas,
nada haré yo en humillarme
por el tuyo y el de una hija
querida: vuelve al trabajo,
esposo, con alegria,
en tanto que mi ternura
en esas gentes sencillas
busca un alivio á Pamela.
Sí, verás que enternecidas
á mis lágrimas y ruegos
su necesidad alivian.

Sind. Calla, calla, que tú acabas
de afligir el alma mia.
¿Tú mendigar? ¡Santo Dios!
¿Esta clase de desdicha
reservabais á Sindhám?
¿Bella, Bella, aquella hija
del Milord Darambi (¡Cielos!)
mendigando? ¡Ah! No permita
vuestra piedad que yo vea
su inocencia reducida
á tal extremo.

Ana. Sindhám,
no es hora ya por mi vida
de acordar lo que fui, puesto
que la diferencia miras
de ayer á hoy. Pensemos solo
el estado á que impropicia
la suerte nos traxo, y que
si solo tu amor me obliga
á dexar de ser gustosa
lo que fui, ¿con qué alegria
no he de ser hoy lo que soy,
si á mas de tu amor me insta
el de Pamela? ¿A qué estado
no descendió tu caricia
por ella y por mí? ¡Ah Sindhám!
Tú, que con tan excesiva
ternura nos amas, sabes
lo que esta ternura obliga.

Sind. Es verdad: pero::-

Ana. No mas,
amado esposo, imagina
que soy tuya, y que soy madre
de esta desgraciada hija,
que al rigor del hambre se halla
expuesta á perder la vida
si no acudo á su remedio;
y verás con que alegria
me ves olvidar la sangre
ilustre y esclarecida
que heredé, é ir traspasada
de la congoja mas viva
por esas chozas, diciendo
á los que en ellas habitan:
por Dios pido una limosna,
mortales, dadmela aprisa,
que soy madre, y estoy viendo
espirar de hambre á mi hija.

Vase precipitadamente por la derecha, llevando á Pamela.

Sind. ¡Oh dolor el mas acerbo
que padeció el alma mia
jamas! ¿Cómo no me acabas,
ya que tanto me contristas?
¡Oh muger, la mas amante,
la mas virtuosa y mas digna
de la tierra! ¡Qué mal paga
Sindhám tu sincera y fina
voluntad, pues no fallece
al contemplar tus desdichas!
Pero pues tú las recibes
con tal gusto y alegria
por mi amor, yo por el tuyo
daré al olvido las mias,
y viviré solamente
porque tú quieres que viva;
que corresponder no puedo
á tus honestas caricias,
si no te dedico amante
corazon, ser, alma y vida.

Sube al monte, cae el telon que representa el aposento del Milord; sale el Baron, y Mauricio con papeles.

Maur. Tomad, señor: todo está
como mandasteis, la firma
dale un papel.
vuestra falta solamente.

Bar. Bien, tomad: dad al Escriba
dale un bolsillo.
por su trabajo, y quedaos
vos con aquesta sortija.
dale una sortija.

Maur. Señor::-
Bar. No me desayreis,
que lo siento por mi vida.
Maur. ¡Ah, qué corazon! *vase.*
Bar. A Dios.
Es buen criado, á fé mia,
Mauricio. La compasion
y fidelidad habitan
en su corazon: le quiero,
y á la verdad me lastima
que sirva al Milord. ¡Ay Bella!
Hoy te dirá mi hidalguia
quanto detesta Fronsvill
la crueldad, y abomina
los hombres que torpemente,
envidiosos de la dicha,
que la muger que ellos aman
á nuevo galan destina,
con zelos, iras y ultrages
quieren mostrar que la estiman.
Mienten: el que ama un objeto,
de proporcionarle cuida
gustos y venturas, nunca
sus menosprecios le incitan
á vengarse. Yo amo á Bella:
¿mas porque otro la consiga
me han de deleitar á mí
los trabajos y desdichas
que pasan? No, no, jamas,
jamas Fronsvill pensaria
tan torpemente. Las Damas
nacen libres, y seria
una injusticia obligarlas
á amar á quien las estima.
Pues si porque las virtudes
de alguna muger me obligan
á amarla, hubiera de amar
ella por fuerza las mias,
diriamos que nacieron
sin eleccion á la dicha
como nosotros, y nunca
obrar con tal tiranía
pudo la naturaleza,
antes, si bien se exâmina,
parece que concedió
á la muger conocida
superioridad al hombre;
pues con la fuerza expresiva
de su hermosura sujetan
el encanto de su vista
quantos racionales tigres
á sus ojos no se humillan.
Esta escritura::-
Va á reconocer la escritura, y sale como despavorido el Milord mirando á dentro.
Milord. Espantosa
sombra de una aleve hija,
tente, espera; ¿qué me quieres?
Si yo huyendo de tu vista
iré::- Pero, ¡ay infelice!
Va á huir por la derecha, se suspende, y retrocede.
Sindhám, aguarda: no aflijas
mi corazon acordando
mi impiedad y tiranía;
pues yo, si::- Valedme Cielos,
Quiere partir precipitado por la izquierda, y se suspende.
que hasta la imágen mas viva
de Pamela se me ofrece,
excitando en su agonía
la ira de Dios contra mí.
¡Qué horror! Ya mi culpa misma
me hace ver la vengadora
espada de su justicia,
que de una invisible mano
á mi pecho dirigida
viene: espera, espera, aguarda,
ten el golpe, ten las iras
un instante: ¡oh culpa! ¡oh sombras::-
¡oh Dios! ¿Mauricio, Cecilia?
Bar. Milord, ¿qué teneis? ¿Qué turba
vuestro espíritu? ¿Qué agita
el ánimo vuestro?
Milord. Nada,
nada; todo me horroriza.
mirando despavorido la scena.
Bar. ¿Por qué dabais tales voces?
¿De qué temblais? ¿Quién contrista
vuestro corazon?
Milord. Dexadme.
Bar. ¿Acaso os entristecia
la memoria de Ana? ¿Qué
vuestra alma ya arrepentida
quiere volverla á su gracia?

Milord. Callad : ¿á la gracia mia?
¡Qué rabia! Si se opusieran
segunda vez á mi vista
esos dos aborrecibles
objetos, fueran mis iras
seguramente verdugos
inhumanos de sus vidas.
Bar. Padre el mas bárbaro y fiero
de quantos á la Divina
sabiduria debieron
la honrosa prerogativa
de padres, ¿qué monstruo horrible
os ha engendrado? ¿Qué hidra
infernal os abortó
para la confusion mia?
¿Qué furia os hizo olvidar
aquella ternura misma
con que la naturaleza
pródigamente benigna
distingue á un padre del resto
de los hombres? ¿Así estima
vuestro error tal distintivo?
Callad, que ya está corrida
de haber dado tal caracter
á un monstruo, con quien la ira
pudo mas que el mismo amor
paternal, y su caricia;
y yo, corrido tambien
de oir vuestra tirania,
tan templado. Mas con todo,
porque veais quanto dista
vuestro proceder del mio,
leed este pliego; él diga
quien es Fronsvill, en oprobio
vuestro, y vanagloria mia.
Vase dexándole en su mano el pliego.
Milord. ¿Posible es que yo sufriese
la vergonzosa osadia
con que Fronsvill me ha tratado?
Vive Dios, que esta ignominia::-
¿Pero qué papel es este,
en que dice que se explica
quién es él?
Abre y lee. *Donacion voluntaria que hace Jorge Fronsvill, Baron de Fronsvill y de Breubston, á Madama Ana Enrica Darambi, hija legítima del Milord Darambi, á sus hijos y succerores, de una casa de campo, libre, que goza dicho Baron á quatro millas de Londres, con todo el término y cabañas que le pertenecen en aquel territorio.*
Representa. ¡Válgame Dios!
Un joven, que con tan fina
pasion amaba á esa fiera,
¿no tan solamente olvida
el disgusto de perderla,
sí que con tal hidalguia
trata así de remediar
sus desgracias? ¡Ah! Él excita
mi compasion; ¿mas qué digo,
compasion? Mi rabia, mi ira.
Sale Maur. Quando quisiereis, podreis,
señor, poner vuestra firma
á aquellas cartas.
Milord. Bien: vete,
déxame.
Maur. No es muy propicia
la ocasion para rogarle
por su desgraciada hija.
Me iré. Señor, ablandad
su corazon este dia. *vase.*
Milord. En vano, en vano me esfuerzo
á resistir las continuas
súplicas que hace el amor
á favor de sus desdichas.
Yo fuí cruel; sí, cruel;
pues castigar deberia
su culpa con mas dulzura,
viendo que ya no tenia
remedio. Muy digno soy
de la amargura excesiva
con que la naturaleza
me angustia y me martiriza.
¡Ah, noble Baron, qué poco
conocí yo en este dia
tu virtud! Continuamente
me avergonzará la misma
memoria de tus acciones.
Pero, pues la culpa mia
conozco, amor á enmendarla
corramos, porque no digan
los tiempos, si hacen memoria
de mi desgraciada hija,
que la crueldad de un padre

la sacrificó á su ira.
Sale Cecil. ¿Qué haceis, tio?
Milord. Nada.
Cecil. Nada *remedándole.*
¿Qué respuesta tan concisa
y grave? ¿Qué teneis?
Milord. Nada.
Cecil. ¿Pues por qué á vuestra sobrina
poneis tan maldita cara?
¿Tiene la culpa Cecilia
de que sin vuestro permiso
se casase vuestra hija?
¿La busqué yo por ventura
un novio de gerarquia
tan humilde? ¿Tuve yo
de esta infame accion noticia
hasta hoy? Yo:::-
Milord. Calla, calla.
Cecil. ¿Yo aconsejé, por mi vida,
que los echarais de casa,
que quitarais á mi prima
joyas, galas y vestidos,
y que como mugercilla
ordinaria la obligarais
á salir hoy fugitiva
de Londres? Supe yo acaso:::-
Milord. Vete, y déxame.
Cecil. Que habiais
de enfadaros de esa suerte,
ni menos que:::-
Milord. Ya me irrita
tu locura, y:::-
Cecil. Solo falta
que venga á pagar Cecilia
lo que otra comió.
Milord. ¿Aun no callas?
Cecil. Si callaré en la hora misma
que me hableis con otra voz
mas dulce, y mas expresiva;
porque no puedo sufrir
que allá os revuelvan las tripas
las locuras de Ana, y que
despicaros este dia
querais conmigo, porque:::-
Pero tio ¿es de mi prima
esta carta? ¿Cómo está?
¿Desde dónde viene escrita?
¿Qué dice, á ver?
Sale el Bar. Milord, dadme
ese papel, si por dicha
le habeis leido, que es fuerza
firmarle yo.
Cecil. Buenos dias,
Baron: no porque Sindhám
os soplase con malicia
la dama, os pongais tan serio
conmigo.
Bar. Con menos prisa
os responderé despues,
Madama.
Milord. Quanto me irrita *ap.*
Cecilia con su caracter.
Tomad.
Bar. Con dolor me mira.
Milord. Tomad.
Cecil. ¿Son otros conciertos
nupciales? dadme noticia,
que me holgaré de saberlo.
Bar. No señora: él se contrista.
mirando al Milord.
Milord. ¡Ah Fronsvill!
Da un suspiro mirando á Fronsvill, y parte por la izquierda.
Bar. Oid, Milord. *quiere seguirle.*
Cecil. Tened, que está aquí Cecilia,
y no es ninguna fregona,
para que sin cortesía
la dexeis con la palabra
en la boca.
Bar. Bien aprisa
volveré.
Cecil. Con no marcharos
os ahorrais esa fatiga.
Bar. Perdonad, que:::-
Cecil. Vos quereis
que riñamos; pues por vida:::-
Pero dexémoslo. Vaya,
¿qué me decís de mi prima,
Baron? ¿Habeis visto afrenta
semejante? ¿No es muy digna
de lo que la está pasando?
Vos, vos, ¿quál os quedariais
ayer, quando os declaró
todo el misterio sin cifras?
Os aseguro que yo
quedé tan enfurecida

al

al oirlo:::-
Bar. ¿Vos lo oisteis?
Cecil. Toma, y le fuí á dar noticia
de todo al tio: si vierais
qual se puso os reiriais.
Bar. ¿Y no os confundís ahora
de pensar en las desdichas
que causasteis á esta casa?
¿Habeis mirado tranquila
el grande riesgo en que puso
de Ana y de Sindhám las vidas
vuestro poco juicio? ¡Ah!
Madama, esa accion, indigna
de vuestra sangre, os hará
odiosa siempre á la vista
de Fronsvill.
Cecil. ¿Ahora salimos
con eso? ¿Quando creia
que agradecierais el veros
vengado ya por Cecilia
de aquella estupenda pieza,
que os jugó astuta la niña,
me amenazais?
Bar. Vos, Madama,
pensais con poca hidalguia,
si he de hablar con claridad.
Pero Fronsvill os avisa
que si á la debilidad
del sexô que os apadrina
no atendiera, vuestra lengua
hubiera ya en este dia
arrancado, porque nunca
cometiera igual perfidia. *va á partir.*
Sale Maur. ¡Oh qué júbilo! Señor,
mi amo á llamar os envia.
Bar. Voy.
Maur. ¡Pobres jóvenes! Ya
calmarán vuestras desdichas. *vase.*
Cecil. ¡Se dará tal desvergüenza!
¡A mí arrancarme (¡qué ira!)
la lengua! Estoy por:::- Mas voyme
á ver si puedo escondida
oir lo que él y mi tio
tratan. Vil, teme á Cecilia. *vase.*
Levántase el telon, y se ve una campiña dilatada con varias chozas, entre ellas una medio caida, y junto á ella algunas parvas; un riachuelo cruza desde la derecha á la izquierda, con un puente de tablas: sale por la izquierda Ana, con un lio de ropa, conduciendo á Pamela de la mano.
Ana. Ven, Pamela mia, ven,
y mientras tu padre cuida
de aliviar tan á su costa
nuestras amargas desdichas,
procuremos aliviar
nosotras las suyas, hija;
esta ropa me rogó
aquella muger sencilla,
que de comer nos ha dado,
la lavase; y que la sirva
es muy justo. Este es el rio;
yo lavaré, y tú, hija mia,
lo irás tendiendo.
Pam. No, madre,
traiga usted acá por su vida
la ropa, y verá qué presto
la lavo yo, que aunque niña
estoy mas acostumbrada.
Ana. No, Pamela.
Pam. ¿Pues no mira,
madre, que no sabrá hacerlo,
como nacida en la rica
Corte con tantos criados?
Ana. Ya no soy lo que era, hija.
Hereda el pobre trabajos,
y hereda el rico delicias.
Gocé delicias el tiempo
que fuí venturosa y rica;
mas hoy, ya que la fortuna
me hizo pobre, es bien que admita
lo que tocó en suerte al pobre,
que son males y desdichas.
Ojalá quien antes supo
las mudanzas repentinas
de la suerte, me enseñára
estas humildes fatigas,
porque no las estrañase,
si las mudanzas sufria.
En fin, de nuevo aprendamos
á vivir, pues á otra vida
tan diferente pasamos.
Pero vosotras que altivas,
fiadas en la fortuna,
no cabeis en vuestra misma
so-

soberbia, dexad de estar
tan ciegamente engreidas,
porque son un sueño todos
los placeres y delicias
que gozais, y ay de vosotras
si despertais á otra vida.
Pam. Madre, no lloreis por eso,
que Dios querrá que algun dia
sea yo grande, y entonces
os descansaré.
Ana. Ay querida
Pamela, que mis trabajos
no son los que el llanto excitan,
sino el ver que por mis culpas
vives tú tan abatida.
Pam. Madre mia, siendo pobre
viviré siempre tranquila,
sin temer desgracia alguna,
puesto que si bien se mira,
la mayor, que es el ser pobre,
la tengo toda mi vida.
Ana. Es verdad. El corazon *ap.*
sus discursos me contristan.
Pam. Madre, ¿ quiere usted que cante
porque tanto no se aflija?
Ana. Sí, Pamela. ¡Ay, Sindhám mio,
qué imagen tan propia y viva
es de tu virtud!
Pam. Oid,
y no lloreis, madre mia.
Canta Pamela, y Ana se pondrá á lavar.
Música. Quando libertades canta
el alegre ruiseñor,
llora la incauta perdiz
su inesperada prision.
El ruiseñor la mira
desde el verde tomillo,
y riendo sus penas
la dice en dulces trinos:
pues reisteis ayer ageno mal,
justo es que llores hoy propio dolor.

Acaba de cantar, y empieza á tender la ropa que Ana ha lavado: sale por la derecha Ricardo, diciendo los primeros versos, y tras él conducido por unos labradores Sindhám como muerto, con todo el rostro ensangrentado y la cabeza vendada: los labradores hacen lo que dicen los versos.
Ric. ¡Pobre joven! Me enternece
su inesperada desdicha:
conducidle poco á poco, *le sacan.*
y en esa choza caida
le dexad, mientras que doy
le dexan sobre una parva.
á mi señor la noticia
de este acaso, y:::- Mas aquella,
si no me engaña la vista,
es la que hace pocas horas
que le llevó la comida
al monte: ella es. Señora,
llegaos aquí. ¡Qué afligida
se pondrá!
Ana y Pamela recogen la ropa, y se vienen á Ricardo.
Ana. ¿Qué memandais,
Señor? ¿Pero qué registran
mis ojos? Sindhám.
Ve á Sindhám, corre precipitadamente á él, y Ricardo la detiene.
Ric. Teneos,
señora; sé que es precisa
vuestra pena en ocasion
tan funesta é impropicia;
pero advertid que esa pena
dará antes fin á la vida
de ese infeliz, si en sí vuelve
y vuestro tormento mira.
Dispuso el Cielo, señora,
que baxando ahora una encina
desde el monte resvalara,
y cayera de la cima
hasta el llano despeñado,
de modo que aunque con prisa
partimos á socorrerle,
fue ya en vano. La Divina
misericordia tan sola
podrá evitar la desdicha
de su muerte.
Ana. !Oh Dios!
Ric. De nada
puede servir que se aflija
vuestro corazon. Pedid
por él á aquella infinita

mi-

misericordia conceda
á su alma arrepentida
el perdon, y en la morada
de los justos la reciba.
Yo voy á dar al instante
á Vaturmank la noticia
de esta desgracia, y á enviaros
quien en tal trance le asista. *vase.*

Ana. Santo Dios, pues coronar
quisisteis hoy mis desdichas
con la mayor, concededme
fuerzas para resistirla.

Pam. Madre, ¿qué tiene mi padre?
¿le ha hecho esa gente enemiga
llora Ana.
algun mal? ¿no respondeis,
y llorais?

Ana. ¡Ay hija mia!
abrazándola con ternura.

Pam. Usted me entristece, madre.

Ana. Quiso la recta justicia
castigar mi horrendo crimen,
Pamela amada. Me quita
un esposo á mí que era
el centro de mis delicias;
y á tí un padre que te amaba
tiernamente.

Pam. ¡Ah madre!

Ana. ¡Ah hija!

Permanecen algunos instantes consternadas sin separarse, en los quales Sindhám se incorpora sobre la parva como volviendo de algun letargo; reconoce la scena poco á poco, y al descubrir á Ana y Pamela mira al Cielo enternecido, y quiere levantarse; lo qual advertido por las dos corren precipitadamente á sus brazos con las primeras palabras, y permanecen algun instante suspensos.

Sind. ¡Buen Dios! Ana.

Ana. Esposo.

Pam. Padre.

Sind. Bella, ya ha llegado el dia
en que te dexe mi muerte
vengada de las desdichas
que te originó Sindhám.
Ya en vano el valor maquina
resistir estos terribles
instantes de mi partida.
Tú sabes quanto á mis ojos
fuiste amable, y la fatiga
con que te he visto cercada
de penas por causa mia;
ya aun el bien de acompañarte
en la adversidad me quitan
los Cielos. Yo muero, Bella.

Ana. ¡Ah caro Sindhám!

Sind. Alivia
tu dolor fiero, y recibe
este golpe que te envian
los Cielos con un valor,
con una constancia digna
de tu virtud. Al instante
que tus manos compasivas
cierren mis ojos darás
á tu padre la noticia
de mi muerte. Irás á verle,
y con esta infeliz hija
de nuestro amor, te echarás
á sus pies, y ambas sumisas
implorareis su perdon.
Díle quan arrepentida
viste la alma de Sindhám
de haber causado tu ruina,
y haberle irritado. Díle
que en mi postrer agonia
le rogaba que amparase
vuestras inocentes vidas.
Y tú, amable compañera
de mis ansias, muger digna
de mejor suerte, perdona
la impiedad y tirania
con que te hice conocer
la humillacion mas iniqua.

Ana. Calla, Sindhám, que tus voces
mi corazon martirizan
mas y mas. ¿Crees acaso
que Bella te miraria
espirar, sin que espirase
contigo? No, no permitan
los Cielos, amado esposo,
que Bella te sobreviva
un instante. Yo aborrezco
esta exîstencia: mi vida
es ya de ningun provecho

en el mundo.

Sind. ¡Ah! Esa hija:::-

Ana. ¿Esta hija? ¿Pues qué amparo
la quedará, aunque yo viva,
si falta su padre?

Sind. ¡Ah esposa!
tu mismo dolor te inspira
unos discursos agenos
de un corazon donde habita
la religion. Vive, vive,
para que en parte redimas
la triste suerte que sigue
á esta infeliz hija mia.
Enjuga su tierno llanto,
pues que los Cielos me privan
á mí de hacerlo. Esto solo
te ruega en sus agonias
tu Sindhám. Aquel Sindhám
que te amó toda su vida
con el extremo mas puro,
y admitido por la misma
virtud, por la religion,
y el infortunio. Y tú, hija
la mas desgraciada, llega,
y recojan tus mexillas
el tierno y último llanto
que mis ojos te dedican.

la abraza.

Estréchate entre mis brazos
un instante que de vida
me queda, y el postrer fruto
de mis ternuras estima.
Un cúmulo de trabajos
te dexa la tirania
de tu padre por herencia,
perdónale, amada hija,
y su eterna bendicion
mientras vivieres te siga.

Pam. Yo quiero morir con vos.

Sind. Apártala de mi vista,
esposa, que su presencia
aun mas que la muerte misma
me es cruel. A Dios, á Dios;
y pues tan cerca se mira
mi última hora, permitid
que vuelta ya el alma mia
á su Criador, implore
el favor que necesita.
A Dios para siempre.

Abraza con ternura á los dos, é inmediatamente Ana se aparta con Pamela algunos pasos ácia la derecha consternada de dolor.

Ana. Ahora
penas acabad mi vida.

Sind. Señor apartad de mí
esas imágenes vivas
de mi dolor, porque en Vos
esté solo el alma mia;
y pues para hacerla vuestra
tolerasteis una indigna
y afrentosa muerte, solas
vuestras manos la reciban. *muere.*

Ana vuelve los ojos con temor á Sindhám, y al verle caer corre precipitadamente á cia él á tiempo que por la izquierda salen Ricardo y labradores que las detienen hasta su tiempo.

Ana. Sindhám.

Pam. Madre.

Ric. Deteneos,
infeliz muger.

Ana. Permita
vuestra bondad que yo acabe
en sus brazos.

Ric. Me contristan
sus voces. Ved si ha espirado

á los labradores.

ese infeliz.

Ana. Hija mia. *reconociendo á Sind.*

Labrad. Ya espiró.

Ric. Descanse en paz.
Pues, señora, el alma impía
de Vaturmank ni á mis ruegos,
ni á vuestra amarga desdicha
se ha demostrado sensible:
únicamente os envia
esta guinea por paga

la dá una moneda.

de lo que en aqueste dia
trabajó aquese infelice;
pero cruel os intima,
que jamas volvais á verle.

Ana. ¡Ah!

Ric. Señora no os aflija
su precepto. Partid todos.

La-

Labradores. ¡Qué lástima!
Ric. Yo queria
conduciros á mi casa
por piedad: mas mi familia
es mucha, y mas mi pobreza.
Sin embargo, mi sencilla
voluntad aliviará
vuestras acerbas fatigas
en quanto pueda.
Ana. El Señor,
por vuestra piedad, bendiga
la casa vuestra.
Ric. Y á vos
os consuele en este dia.
Pero, señora; pues tanta
virtud resplandece y brilla
en vos, esta es ocasion
muy propia de refundirla
y acrisolarla, abrazando
con una entereza digna
y christiana el golpe atroz
que su Magestad envia.
Padre es de todos: él hoy
templará vuestras desdichas.
Ana. Ah, señor, quanto conmigo
vuestra bondad sentiria,
si supierais una parte
de mis desgracias.
Ric. Consigan
mis ruegos que todas ellas
las confieis este dia
á una alma que tiernamente
os ayudará á sentirlas.
Ana. Si haré: mas antes quisiera
escribir esta noticia
infausta á mi amado padre.
Ric. ¿Le teneis?
Ana. ¡Ah!
Ric. ¿Dónde habita?
Ana. En Londres.
Ric. ¿Cómo se llama?
Ana. Permitid que nc os lo diga,
señor, hasta que sepais
despues todas mis desdichas.
Yo le escribiré: vos luego
buscareis quien en su misma
mano le entregue mi carta
pagándole su fatiga
con esta guinea.
Ric. Yo,
yo mismo en aqueste dia
se la llevaré: esperad,
mientras me llego á la Quinta
por tintero y papel.
Ana. Si,
y mi ternura os suplica *al oido.*
lleveis con vos á Pamela,
porque tanto no me aflija.
Ric. ¡Pobre joven! Si haré. Ven,
ven conmigo, Pamelita,
te daré de merendar.
Pam. ¿Y mi madre?
Ana. Aquí, hija mia,
te espero.
Pam. No me dexeis,
si deseais que yo viva.
vase con Ricardo.

Ana. Ahora, ahora pesares
es ocasion propicia
de que exerzais unidos
en mí vuestra impiedad y tirania.
Ahora que mi alma
tan postrada se mira
podrán vuestros rigores
á vuestro imperio bárbaro rendirla.
Ahora que yo propia
aborrezco mi vida,
podreis lograr el triunfo
que quando yo la amaba apeteciais.
No, no os durmais, pesares,
venid, matadme aprisa;
que pues murió mi dueño,
vivir no puede quien por él vivia.
Cielo inhumano, Cielo,
que de mi bien me privas,
vuélvemele, ó acaba
tambien el bien, que por mi bien tenia.
Ojos tristes, que un tiempo
visteis con alegria
la luz del Sol, huid de ella,
pues os faltó la luz con que veiais.
Corazon, tú que fino
quisistes algun dia,
aborrécelo todo,
pues te faltó el objeto que querias.

Camina llorosa á Sindhám, y se sienta junto á él.

Y tú, jóven amable,
que fuiste mi delicia
el venturoso tiempo
que enamorado y fiel te poseía;
tú que sacrificaste
esa preciosa vida
al odio de un tirano, (hija,
y al amor de una esposa, y una
admite en recompensa
de tu fineza digna
las lágrimas acerbas
con que riegan mis ojos tus cenizas.
Recibe los suspiros
que el corazon te envia,
mientras quiere mi pena (mia.
que acompañe á la tuya el alma

Ase las manos y se las besa con ternura.

En estas yertas manos
con que veces distintas
me mostrabas un tiempo
aquella fe y amor que me tenias.
En estas mismas manos,
que yo besar solia
con la mas pura llama (aviva,
que amor enciende, y la virtud
te juro, esposo, que antes
criará el Cielo espinas
y el campo estrellas puras,
que se vean sin llanto mis mexillas;
antes incendios vivos
darán las aguas frias,
y del piélago inmenso
serán contadas las arenas mismas,
que el placer en mi alma
halle grata acogida,
ni de mi pecho falten
el amor, el dolor y la fatiga.
Y si aun así no se halla
tu fe correspondida,
pagada tu fineza,
y satisfecha tu pasion activa;
desde el celeste Alcazar,
donde tu alma habita,
sal á ver la amargura (mira.
con que una esposa que te amó se
Sal á ver (¡oh Pamela!)
como (á Dios amada hija.)
sobre tu helado cuerpo
el mismo amor acaba ya mi vida.

Dexa caer el rostro sobre el pecho de Sindhám como muerta, y por la izquierda sale Pamela con tintero y papel.

Pam. Madre, madre. ¿Si se habrá
quedadó ahora dormida?

Se va obscureciendo el teatro.

Voy á verlo. O padre mio,

se llega á Ana.

¡y qué poco vuestra hija
os conoció! ¡Ah! Si vivierais
¡con qué estremo os amaria!
¿Si la despertaré? No,
que es fuerza que esté rendida.
Pero el miedo no me dexa
estar sola. Madre mia.

La coge la mano.

¡Qué helada está! Madre, madre.
No responde: si dormida
estuviera, despertára
á mis voces. ¡Qué desdicha!
¿si se habrá muerto? Dios mio,

hincase de rodillas, y plegando las manos, dice, mirando al Cielo.

dad á mis padres la vida,
ó matadme á mí tambien.

Salen por la izquierda precipitadamente Ricardo, Milord, el Baron, Cecilia, Mauricio, y Criados con hachas.

Ric. Señores, llegad aprisa,
que aquí han de estar.

Como asustada, y sin saber donde esconderse.

Pam. ¡Ay de mí!
Milord. ¿Dónde, dónde está mi hija,
Ricardo? ¿Pero que veo?
Pamela, Pamela mia,
¿dónde está tu madre?
Pam. Veisla
allí muerta en compañia
de mi padre.
Milord. Calla, calla,
que tú mi dolor duplicas.

¡Ana muerta! Cielo santo,
hora es ya que vuestras iras
confundan á este inhumano
verdugo de sus dos vidas.
Fronsvill, Mauricio, romped,
romped con vuestras cuchillas
mi pecho, para que lave
la inhumana sangre mia
mi culpa atroz. Sí, matadme,
sed piadosos este dia
conmigo.
Bar. Milord.
Maur. Señor:::-
Milord. Matadme, sí, y las desdichas
que causé á estos inocentes
pague al menos con mi vida.
Bar. Templaos, Milord, que tal vez
no habrá muerto todavia
Bella.
Milord. Bella ha muerto, si;
mis sentimientos lo afirman.
Castigó el Cielo mi culpa
negándome la alegria
de verla, y de recoger
sus últimas agonias
en mi seno. ¡Oh Cielo! ¡Oh noche
la mas horrible é impropia
para mi! ¡Ay Ana! ¡Oh Pamela!
Llegase á abrazar á Pamela, y esta se retira medrosa.
Pam. ¿Qué, despues que vuestras iras
dieron la muerte á mi padre
y á mi madre, pretendiais
que yo os abrazára? No,
no lo penseis: temeria
con razon que me alhagabais
para matarme.
Milord. ¡Oh querida
Pamela, quan digno soy
de este oprobio! tu sencilla
reconvencion me es cruel
aun mas que mi culpa misma.
Tú cubres mi corazon
de rubor, y tú me obligas
á que ya desesperado
huya de la compañia
de los hombres, y entre fieras
inhumanamente viva,
pues fiera fui. *queriendo partir.*
Bar. No, Milord,
teneos: vuestra excesiva
pena, ¿pero qué diviso?
Ana va volviendo en sí, el Milord y Pamela quieren arrojarse á ella: el Baron detiene á aquel, y Mauricio á esta.
Bar. y Maur. Deteneos.
Pam. Madre.
Milord. Hija.
Ana. ¡Ay de mí!
Ricard. Yo estoy absorto.
Cecil. Yo me siento enternecida.
Milord. Hija amada.
Pam. Madre.
Bar. Bella.
Maur. Señora.
Cecil. Yo llego. Prima.
Ana. ¡Oh Cielo! ¡Oh piadoso Cielo!
¡Oh padre!
Milord. Sí, hija querida,
tu padre soy, aquel padre
que con tanta tirania
buscó tu muerte, es el mismo
que hoy arrepentido miras.
Ana. ¡Ah dulce padre! Pues quiso
mi suerte darme la dicha
de morir en vuestros brazos,
dignaos por vuestra vida
de perdonar á esta tierna
y desventurada hija
de mi culpa.
Milord. ¿Qué pronuncias,
Bella infeliz? No prosigas.
Yo soy el que tu perdon
imploro aquí de rodillas:
concédemele.
El Milord se echa á los pies de Ana, y esta quiere detenerle.
Ana. ¿Qué haceis?
¡Ah! Mi situacion me quita
abrazar hoy vuestros pies,
padre: mas llegad aprisa
á mis amorosos brazos,
para que con alegria
espire en ellos. Los males
que padeció el alma mia
cas-

castigaron las ofensas
que os hice, y así consigan
mis lágrimas que al sepulcro
vuestra bendicion me siga.
Milord. La mia, y la de aquel Dios
que ha de juzgarnos un dia,
caygan sobre tí.
Ana. Ya padre
muero gozosa y tranquila.
Fronsvil, alma la mas bella,
la mas virtuosa y digna
de Inglaterra, buen Mauricio,
piadoso Ricardo, prima,
y tú, pedazo el mas tierno
de mi corazon, arrima,
abraza á Pamela con ternura, y los demas hacen extremos de pena.
estréchate entre los brazos
de una madre cuya vida
va á acabar. Tu digno abuelo
(pues mi amor se lo suplica)
cuidará de tí; y Dios mismo
te concedará mas dichas
que á mí si tu corazon
conservas sin la mancilla
de la culpa. A Dios, Pamela.
A Dios, padre. A Dios, Cecilia.
Yo muero. ¡Oh Sindhám! Rogad
por mí al Señor. *muere.*
Pam. Madre.
Milord. Hija.
Bar. ¡Triste scena!
Maur. !Qué dolor!
Cecil. Pues yo causé vuestra ruina,
eternamente la debe
llorar mi alma arrepentida.
Bar. ¡Ah Bárbaro Vatuxmank!
¡Ah tio! Vuestra codicia
castigaré, pues fue causa
tal vez de aquesta desdicha.
¡Ah Madama! Veis:::-
Cecil. Mis ojos
mi eterno dolor os digan.
Bar. Tarde es ya.
Milord. ¡Oh Sindhám! ¡Oh Bella!
Bar. Una fortaleza digna
de la alma vuestra es tan solo
lo que mostrar deberiais.
Con ella redimireis
quanto vuestra tirania
hasta aqui ha errado.
Milord. ¡Ay Fronsvill!
¡Qué tarde ví mi perfidia!
Pero pues la ví tan tarde,
vamos á enmendarla aprisa.
Todas aquestas cabañas
á Mauricio.
compra al punto, y de orden mia
se haga un Hospital. El centro
que ocupan Sindhám y mi hija
ocuparán las estatuas
de los dos, que al mundo digan
su desgracia, y los efectos
de mi alma arrepentida:
satisfaga en algun modo
quantas acerbas desdichas
les causé, mientras mi llanto
dá un breve fin á mi vida.
Y tú, inocente Pamela,
pues mi crueldad te quita
tan dignos padres, encuentra
su pérdida en mis caricias:
quanto tengo es tuyo.
Bar. Y ya
que no pudo la hidalguia
dá la escritura al Milord.
de esta donacion servir
de remedio á la desdicha
de dos infelices, hoy
de aumentar tu herencia sirva.
Milord. Ved que:::-
Bar. Hacedme esta merced,
Milord, y vamos aprisa
de aquí.
Milord. Vamos, y pues que
tenemos tan á la vista
de las víctimas de amor
el fin funesto consigan.
Todos. Sus defectos el perdon
é indulto nuestra fatiga.

EL presente drama, ya sea cómico en todas sus partes, como creo, ó ya trágico, como quieren algunos, por hallar en él una catástrofe lastimosa, es pensamiento de una Novela Inglesa, nada desfigurada por la parte episódica de la composicion. He procurado proponer diversos caracteres de nobleza, de virtud, de crueldad y baxeza, sosteniéndolos lo posible á pesar de las diversas situaciones en que se presentan. Su regular entable, sus sentimientos, el contraste de pasiones vehementes y la ternura del asunto son interesantes: la accion es una sola, aunque acompañada de varios accidentes. El lugar de la Scena se extiende á Londres y sus cercanias, ensanche que dió, y aun ha seguido en muchas de sus composiciones la religiosidad de nuestros preceptistas Franceses. Solo la unidad del tiempo padece alguna violencia por la precipitacion de la catástrofe; pero el que conozca nuestros teatros, y sepa que mas se escribió este drama para un público espectador que para un sabio escrupuloso, disculpará esta y otras faltas en que haya incurrido.